CAPITULO LXXXI

Doble catástrofe

JULIO estaba desesperado ante la terca resolución de su amada, que le negaba todo género de satisfacciones.

¿Por qué no explicarle lo que había pasado en aquellos ocho días?

¿Qué significaba su estancia allí, y el abandono de su casa, forzoso á todas luces?

Respecto del sér que llevaba en sus entrañas, ¿había sido víctima de algún aborto?

—Desengáñate, Sofía,—la dijo,—tu silencio, sobre no estar justificado, despierta mis sospechas.

—¿Me supones capaz de serte infiel?... ¿de dar al olvido mis juramentos?

—Todo me lo hace creer así.

—Entonces diría que no te amaba, que te había olvidado, y... ya ves, aseguro todo lo contrario, porque es verdad.

—¿Pero por qué no hablas? Esas afirmaciones, si son fingidas, como me haces suponer, pueden ser una hábil pantalla que oculte tu falta.

—Júzgame como quieras; no me defiendo de tus inculpaciones, que no pueden herirme porque no soy culpable del delito que me imputas.

Juro que tu imagen vivirá en mi corazón hasta que le roan los gusanos de la tumba, que no te soy infiel por más que cometa infidelidades aparentes, y como nunca he mentido debes creer mis palabras como las del evangelio.

Cuando sepas lo que ahora callo, te arrepentirás de haber formado malos juicios.

—¿Pero es que tu padre ha descubierto nuestros amores?

—Sí.

—¿Y que se opone á ellos, según creíamos?

—Es cierto.

—Bien está; aquí le espero; yo me presentaré á él cuando venga; le explicaré lo que ha pasado... le pediré tu mano, diciéndole que se guarde sus millones, que es el maldito obstáculo que se ha opuesto siempre á nuestra dicha.

Julio apenas pudo pronunciar las últimas palabras,

pues ella le había puesto la mano sobre los labios para impedirle que continuase.

Aprovechó esta circunstancia para dar un beso en aquella mano cuya posesión tantos disgustos le proporcionaba.

Mientras tanto la joven le decía:

—Guárdate muy bien de hacer lo que acabas de asegurar; mi padre no te haría caso... ni aun siquiera te oiría... llevando su desprecio hasta ese extremo, ya que no llevara también su ira.

—Entonces, ¿qué partido nos queda?

—Separarnos para siempre... no hay otro.

—¡Y según la resignación que veo en ti, le adoptarás gustosa!

—En ese caso no verías resignación, sino complacencia; pero seguiré sí, la única senda que se me presenta para subir á mi calvario.

—¡Ah, Sofía!

—Ni una palabra más y vete: pueden notar mi ausencia y venir á buscarme, sabiendo que aquí me encontrarán.

—Ese es un pretexto para no ser explícita conmigo. Basta, Sofía; parte cuando quieras, yo también te imitaré con el propósito de no molestarte más.

—Lo celebro.

—La frase es dura.

—Es la única que puedo dirigirte.

—Salgo de aquí con la evidencia de que me engañas, de que me haces traición, de que me eres infiel.

Todo esto he aprendido en el corto espacio de tiempo que estoy á tu lado.

Y de ello me responden la acritud de tu lenguaje, la dureza de tu mirada, el aire desdeñoso que en ti observo, muy diferente del regocijo con que me recibías en otro tiempo.

¡Adiós!

Julio dió un paso hacia la salida de la quinta; allí volvió la cabeza, exclamando:

—¿Pero no me detienes?

—No,—dijo Sofía, pálida como un cadáver, casi sin mirarle.

—¿Oyes?... parto para siempre.

—¡Adiós!

—¡Sofía!—exclamó con ira.

Después, volviendo sobre sus pasos, se le acercó nuevamente, diciendo con voz breve y seca, que anunciaba una resolución decidida:

—No, no me iré... aquí espero á tu padre; yo tengo sobre ti derechos, casi tan sagrados como los suyos.

—Pues bien, aquí te encontrará, pero no conmigo.

Y la joven después de pronunciar estas palabras salió de la gruta, desapareciendo entre la espesa arboleda del jardín.

Caminaba erguida con la frente muy elevada; para tomar las avenidas á la derecha ó á la izquierda, hacía ángulos rectos.

Parecía una sonámbula.

—¡Estará loca la infeliz!—exclamó Julio cuando la perdió de vista.—Debo creerlo al ver el cambio brusco de su conducta.

Dice que me ama y no me juzga digno de la satisfacción que me debe; se aparta de mí sin derramar una lágrima y sin brindarme un beso... suplicándome que la olvide, que me dedique á otra mujer... ¡Cómo si esto fuera posible, después de haberla conocido!

¿Qué amor es ese cuya expresión es tan parecida al desdén?

El joven permaneció en la gruta unos diez minutos, creyendo que ella volvería.

Por fin, se convenció de que aquella separación, era eterna.

Dió un triste adiós á aquel ameno sitio al que consideraba como la tumba de sus amores, y escalando el castaño de Indias se encontró en el árido campo, al otro lado de la tapia.

Toda la tarde estuvo vagando por aquellas cercanías, como un cuervo sobre un cadáver que se estremece aun pendiente de la horca.

Aun esperaba esa quimera que esperan siempre los amantes desdeñados, por más que él no lo fuese.

Al caer el sol se sintió con fiebre, y tomó el camino de su casa para meterse en el lecho.

Durante cuatro días estuvo sin pisar la calle encerrado entre cuatro paredes y batallando con su dolor, que iba haciéndose más acerbo cada vez.

Cuando se cumplía el quinto vió entrar en la habitación á su tía doña Clara, seguida de un mozo que llevaba dos baules y algunas cajas.

El joven la recibió con alegre ansiedad creyendo que iba á recibir noticias de su amada, aunque le extrañaba que aquélla trasladase su equipaje.

—Vengo á vivir contigo,—le dijo.—De hoy más, yo te cuidaré.

—¿Pues cómo, tía?—preguntó admirado de aquella determinación.

—Estoy cesante, sobrino mío; aunque sin derechos pasivos.

—¿Ha dejado usted la casa del banquero?

—Ella es la que me ha dejado: no sé lo qué sucede en ella de quince días á esta parte; durante el último baile debió ocurrir algo de particular en la familia. Ayer regresó la señorita Sofía de la quinta de las Acacias, muy desmejorada por cierto y esta tarde parte con su padre á Francia.

—¡A Francia!—exclamó dolorosamente sorprendido.

—Sí.

—¿A qué punto?

—Lo ignoro; sobre esto guarda su padre la mayor reserva.

—¡Dios mío!...

—¿Pero á ti qué te importa?

—¿Sabe usted cuándo volverán?

—No... supongo que será pronto, porque el banquero no puede abandonar por mucho tiempo sus negocios.

Julio hizo por disimular, á fin de que su tía no se apercibiese de su turbación.

En seguida salió á la calle, dirigiéndose á la de Cantarranas con ánimo de interrogar á la jorobada, por si le daba más detalles sobre tan repentino viaje.

En aquel momento partía con dirección al Prado un lujoso y cómodo carruaje de camino, que arrastraban cuatro arrogantes mulas.

En él iba Sofía acompañada por su padre.

La vió á través del cristal de una de las portezuelas, sin que pudiera cambiar con ella seña ni saludo.

Allí permaneció en la esquina como herido por un rayo, hasta que la silla de posta desapareció á sus ojos.

Entonces se dirigió á la Costanilla de las Trinitarias, llamando á la puerta excusada del jardín.

Magdalena acudió en seguida.

Desgraciadamente no aumentó nada nuevo á lo que le había dicho doña Clara.

Nadie en la casa conocía las causas que motivaron aquel repentino viaje, ni tampoco la población francesa á que se dirigían.

El único detalle que pudo dar la jorobada fué que Sofía al salir de su casa iba llorando como una Magdalena, sin que hiciese caso de las amonestaciones de su padre.

Hasta entonces Julio había conservado alguna esperanza de que se reanudaran aquellas relaciones rotas de un modo tan imprevisto, sin que él hubiese dado el menor motivo para ello.

Pero al verse abandonado de aquel modo sin que mediase una explicación entre ambos, comprendió que todo había concluido, que era una locura esperar.

—¡Ni una frase de despedida!... ¡ni una carta que disculpase aquella conducta tan extraña!

¿Por qué aquella conducta? ¿Por qué aquel duro castigo, á quien no había delinquido nunca?

Decidido ya á romper el secreto con su tía, la preguntó aquella noche:

—¿No la ha dicho á usted nada Sofía al partir?

—¿Qué había de decirme?

—¿No la ha dejado á usted siquiera algún encargo para mí?

—¿Para tí?

—Sí, tía; los dos nos amábamos...

—¡Qué escucho!

—¡Responda usted, por Dios!

—Pues bien; no me ha dicho una palabra.

—¡Ni una!

—¡Pero explícate!...

—Ya he dicho lo bastante; ¡para qué quiere usted saber más!

Julio procuró seguir el consejo que le había dado su amada, en la última entrevista que celebraron en la quinta de las Acacias.

¡Olvidar!

Y olvidar lo que nos molesta, es una gran cosa.

El olvido es una panacea que cicatriza todas las heridas del corazón.

Pero desgraciadamente no depende de la voluntad.

Y eso de que querer es poder, es una frase inventada por algún embustero; porque generalmente hablando, el que quiere no puede.

Además, para olvidar es necesario tener presente aquello mismo que nos molesta, y queremos dar al olvido.

Moreto lo asegura en una de sus mejores comedias, poniendo en boca de uno de sus personajes estos versos:

«Era el remedio olvidar,
y olvidóseme el remedio.»

En vano procuraba aturdirse; llegó hasta intentar otras relaciones con una mujer.

Nada pudo conseguir.

La imagen de Sofía estaba más presente que nunca en su imaginación; su recuerdo le perseguia con una tenacidad inaudita, no dándole punto de reposo, ni aun durante su agitado sueño.

Tampoco tenía el consuelo de execrarla, de maldecirla.

El odio es, hasta cierto punto, una satisfacción.

Nada de eso.

Estaba convencido hasta la evidencia de que Sofía era inocente, de que le amaría siempre, como ella misma le habia asegurado.

Teníala como víctima de alguna exigencia de su padre, y á su juicio, la apartaba de Madrid, para que el tiempo y la ausencia borrasen de su pecho aquella pasión que se oponía á sus planes.

Aunque conocia, por habérselo dicho la joven, las pretensiones amorosas del marqués de Moratalla, no las daba gran importancia, porque ni ella ni él estaban en antecedentes de la intriga de aquel personaje para conseguir del banquero la realización de sus ambiciosos propósitos.

Una tarde, harto de pasear por Madrid, perseguido por aquella idea que no le concedía ni un punto de reposo, entró en un café para refrescar sus fauces, abrasadas por una tenaz calentura.

Cerca de él, en la mesa inmediata, habia un periódico, del que se apoderó maquinalmente, sin deseos de adquirir

noticias sobre cosas que no le interesaban lo más mínimo.

Recorría sin curiosidad las compactas líneas de aquel paralelógramo de papel, cuando de pronto se pintó en su rostro una expresión de sorpresa, y sus ojos, de mirada indiferente hasta entonces, relampaguearon.

Una correspondencia de Burdeos daba á los lectores del periódico la noticia de haberse realizado la unión de «Sofía Pimentel, hija única del acaudalado banquero del mismo apellido, con don Román Muñoz, marqués de Moratalla.»

El periódico se deslizó de las manos del infeliz cayendo al suelo.

Aquella era la solución del logogrifo que no pudo hallar en la quinta de las Acacias, la incógnita de aquel problema que tantos sinsabores le proporcionara.

Sofía acababa de morir para él.

Ya no podía intentar hasta lo imposible para una reconciliación, absurda en todos sentidos.

El *lasciate ogni speranza* aparecía siniestro en las paredes del café, como había aparecido el *mane, thecel phares* en los muros de la cámara donde se celebraba el festín de Baltasar.

¡Sofía, que había sido tan suya, hasta el punto de engendrar en su seno, en poder de otro!

¡De otro, á quien no amaba, como se lo dijera mil veces!

¡Horrible sarcasmo del destino!

Se la habían arrebatado en medio de una fiesta, donde ella le esperaba, á donde él acudía presuroso, para renovarla sus juramentos de amor.

Para un éxito tan desastroso, tan fatal, se habían encendido luminarias, y habían resonado alegremente los violines.

Los funerales de su dicha se habían entonado en un baile, y el lúgubre *de profundis* fué recitado con música de Straus.

¡Pobre Julio!

Cuando pensaba en un risueño porvenir, cuando iba á realizarse su hermoso sueño de color de rosa, le salía al paso un presente sombrío y tétrico.

La desgracia de toda su vida se le aparecía envuelta en negras tocas, formadas por alas de cuervos.

Salió del café, y pasó toda la noche escribiendo.

A la mañana siguiente puso en el correo una carta con el sobre á «Doña Sofía Pimentel, marquesa de Moratalla, en Burdeos.»

Después tomó la dirección de la Costanilla de las Trinitarias...

Aunque no intentaba ya hablar á Magdalena, como cuando iba á recoger las cartas que su amada depositaba en el tronco de la encina.

Sentóse en el escalón de piedra que formaba el dintel de la puerta del jardín, y sacó una pistola, aplicándose á

la boca el reluciente cañón, sobre el que rechinaron sus dientes.

Algunos segundos después una detonación alarmaba á todos los vecinos del barrio.

La cabeza del infeliz suicida resbaló sobre los clavos que chapeaban la puerta.

CAPITULO LXXXII

La noche de novios

Algo menos feliz era Sofía.

Siquiera su desdichado amante había obtenido el reposo eterno que da la muerte, esa quietud tan melancólicamente cantada por Espronceda.

Su unión de Sofía con el marqués no fué más que la consecuencia forzosa de sus sufrimientos.

Después de aquella violenta escena con su padre aquella noche fatal, en la quinta de las Acacias, quedó como aniquilada.

Con la desaparición del sér que llevaba en el seno, había muerto su voluntad.

Exhausta de fuerzas para luchar, se entregó á su padre incondicionalmente.

Cuando el banquero, espoleado por Román, la habló de matrimonio, no tuvo alientos para resistirse.

Se había cometido un crimen para conseguir aquel objeto, ¿qué la importaba lo demás?

Siendo, sin culpa suya, inconscientemente, mala madre, no quería que, propios ni extraños, la tuviesen por mala hija.

Solo puso una condición, que fué aceptada en seguida.

Que no había de ver ni hablar á Román, hasta el momento de unirse á él en la iglesia, delante del sacerdote.

Esto indicaba bien claramente su horror al que iba á ser su esposo, y el inmenso sacrificio que hacía.

Cosas, ambas, que tenían sin cuidado al marqués, aunque hubieran hecho desistir á otro cualquiera.

Este, de acuerdo con el banquero, decidió que la boda se hiciera fuera de Madrid.

Iba á verificarse en circuntancias bastante anormales, y no hubiera dejado de producir cierta extrañeza.

El marqués no estaba declarado de una manera oficial, como novio de Sofía.

A lo más, aparecía que se trataba de un simple galanteo, y nadie creía que iba á alcanzar la sanción de la Iglesia, no habiéndose publicado en el último baile.

Y aun cuando de la boda tendríase conocimiento en Madrid, por ser personas notables los dos contrayentes, no causaría el mismo efecto, ni prestaríase á tantos comentarios, verificándose en el extranjero.

Esto fué lo que decidió el viaje á Francia.

Sofía se lo agradeció á su padre, que la libraba de aquel modo de las miradas de sus amigas.

No dejarían de adivinar que en aquella boda, la desposada era una víctima, y esto la hubiera mortificado bastante.

Caminando cada cual por su lado, los novios se encontraron en Burdeos, en el momento mismo en que cambiaron el sí en presencia del sacerdote.

Verificóse la unión.

No hubo fiesta oficial, ni podía haberla.

Pasaron el día en una quinta cercana á la población, propiedad de un banquero, amigo de Pimentel, que actuó de padrino aquella mañana.

Cuando llegó la noche, los novios se trasladaron á un lujoso departamento, dispuesto en una de las mejores fondas.

Entonces la luna de miel, para los recién casados, era más reposada y tranquila.

Aun no había establecido la moda esa costumbre poco galante y estúpida, hasta cierto punto, de pasar la noche del desposorio en un coche de cualquier ferrocarril, como un comisionista ó comerciante á quien sus negocios llevan de un punto á otro.

Los novios hacían honor á la población, donde se desposaban, agradeciéndola gustosos, el hospedaje que les ofrecía.

Sofía y el marqués quedaron solos.

Singular situación la de aquellos amantes, que, esposos ya, no habían hablado nunca de amor.

Parecía que ella estaba esperando con ansiedad aquel momento.

Antes de que Román pensara en interrumpir el silencio que reinaba desde su entrada en el aposento, dijo la joven, haciendo uso de la palabra, en tono que nada tenía de cordial:

—¡Ya estamos casados!

Esta frase fué pronunciada de un modo que envolvía una inculpación y una queja.

—En efecto, mi amada Sofía,—contestó Román con tono galante;—ya he logrado la realización de ese sueño, al que he consagrado mi vida por espacio de algunos meses.

—Lo creo; no necesita usted esforzarse mucho para convencerse de ello.

—¡Usted! ¿Por qué tanta ceremonia?

—No logrará que le llame de otro modo aunque viviéramos junto por espacio de miles de años.

—Bien, adelante.

—Decía que estaba bien convencida de que ha hecho grandes esfuerzos para realizar el negocio de la boda...

—¡Negocio! Veo que emplea usted frases muy raras.

—Pero muy apropiadas, ¿no es verdad? Negocio es todo aquello en que media el dinero en mayor ó menor canti-

dad. He aprendido algo de esta fraseología, en casa de mi padre; ya ve usted, ¡hija de un banquero!...

—¿Pero á dónde vamos á parar, Sofía?

—Tenga usted paciencia, si quiere saberlo, y ahora me toca á mí imponerla... á mí, á quien se ha impuesto por espacio de un mes, de una manera tan dura.

Es ya llegada la ocasión de hablar con claridad, ya que no lo ha hecho usted antes conmigo.

—Usted es la que debía haber empezado el primer día que yo la hablé de amor.

—¿Y no me expresé con harta claridad, para que otro hombre, que no fuese usted, hubiera dejado de insistir en sus pretensiones?

—Se negó usted á toda explicación.

—Pero le dije que había obstáculos serios que se oponían á que fuéramos el uno del otro. ¿No era esto decirle de un modo concreto y nada equívoco, que no le amaba?

Haciendo justicia á sus dotes intelectuales, aseguro que lo entendería usted así; yo nunca le he tenido por torpe.

Si sólo se hubiera tratado de amor, admitiendo el caso que la naturaleza... ó una falta mía, como usted quiera entenderlo, no hubiese puesto un obstáculo material á nuestra unión, tal vez ésta llegara á realizarse bajo otros auspicios.

Yo hubiera cedido á todo por no contrariar á mi padre, hubiera plegado mi voluntad á la suya, y siendo usted un caballero, sin duda llegara el caso de que yo correspondiese á su amor.

—¡Caballero!... ¿acaso no lo soy?—exclamó Román, que empezaba á perder los estribos.

Ella contestó con aterradora calma:

—Ignoro si hay en Madrid alguna persona que pueda afirmar lo que yo digo respecto de su hidalguía; pero si la hay, por muchos motivos que la asistan, yo, antes que ella, estoy autorizada para negar las pretensiones que usted tenga á ser caballero.

Y, porque ya es usted mi esposo, y la infamia de la frase recaería en cierto modo sobre mí, no aplico la verdadera denominación que usted merece.

—¡Sofía!

—No dé usted voces como un gañán, y déjeme proseguir, porque aun tengo que decir algo para fijar el programa de nuestra vida conyugal.

Tengo la evidencia de que hubiera llegado, si no á amarle, á otorgar á usted un aprecio muy parecido al amor, y creo que sin un gran esfuerzo por nuestra parte, hubiéramos sido un matrimonio modelo.

Pero usted no quiso que tal sucediera.

Supo, no sé cómo, aunque adivino que por bastardos medios, que yo, siendo una mujer decente, no podía darle mi mano puesto que estaba en cinta, y no había de afrentarme más con un engaño que usted estaba autorizado á saber.

Esto hubiera hecho desistir á otro hombre; pero se conoce que usted tiene la epidermis muy dura, y resiste las bofetadas que le dé la vergüenza.

—¡Señora!... ¡está usted abusando indignamente de mi paciencia!

—Sin embargo, no debía usted esperar de mí un lenguaje tan comedido, teniendo en cuenta la razón que me asiste para usarle.

Usted hizo lo que no hubiera hecho nadie que tuviese un átomo de decoro.

Sí, lo digo muy alto, porque es verdad...

Y aun delante de un tribunal de rufianes saldría usted condenado.

Usted enteró á mi padre de lo que pasaba, y no sé de qué razones se valdría, muy fuertes debieron ser, para inclinar el ánimo de un hombre que hasta entonces había sido honrado, comprometiéndole en la complicidad de un crimen horrible.

—¡Un crimen!

—Yo no conozco el Código penal, pero no acierto á dar otro nombre al hecho de privar de la vida á una criatura, con alevosía y premeditación... y aun concurrió en ese hecho la circunstancia agravante de nocturnidad, porque al cabo era de noche cuando me sangraron.

El marqués, encogiéndose de hombros, replicó:

—¡Usted exagera!

—Entonces exagera la ley, que pena toda tentativa de aborto.

—Cuando se obra sobre un feto que, como la palabra lo expresa, no constituye un sér aun, el delito penable no existe.

—Lo mismo que si el sér estuviese formado, porque yo creo que la ley castiga más la intención que el hecho material.

Carezco de las luces suficientes para discurrir sobre esta cuestión penal, por más que tenga una opinión sobre ella.

Lo cierto es que la conducta de usted y la que obligó á adoptar á mi padre, ofendieron mi amor propio, mi dignidad, todo lo que había en mí que me hiciera pasar por una mujer de honor.

Muerta para el hombre á quien amaba, me era indiferente ya que usted poseyese mi mano, ó dársela al verdugo... aunque creo que éste me hubiera dado más estimación, pues no pasa de ser el ejecutor de la ley, mientras que usted es el ejecutor de seres inocentes, á quienes no puede librar de su cobarde ira el sagrado albergue del claustro materno.

Por eso he dicho hace poco que ya estábamos casados.

Ahora voy á decir cómo viviremos para asegurar *la felicidad y la dulce quietud* que debe reinar en nuestro matrimonio.

Sofía hizo una pausa, que su marido no aprovechó para contestarla.

No podía oponer ni una disculpa á aquel aluvión de razones que la joven descargaba sobre su cabeza.

Por mucho que fuera su cinismo, su amor propio, su dignidad de hombre, no podía menos de quedar, mortificado aquél, humillada ésta.

Su papel consistía en callar; ni aun acudiendo á la ira estaba justificado lo que hiciese.

Vergonzosa situación es aquella que no admite el furor como disculpa.

Román permanecía sumido en un silencio sombrío.

Su aspecto era abatido, su mirada hosca.

No había previsto aquella escena.

Engañado por la obediencia pasiva de la joven, que consentía en todo, hasta el extremo de otorgarle su mano, creyó que todo había concluido, cuando en realidad empezaba.

No supuso que una reacción natural y lógica iba á trocar en águila á la que creyó paloma.

La había juzgado mal, como aquélla se lo estaba demostrando.

—Prosigo, pues,—dijo Sofía, haciendo uso de la palabra.—Creo inútil hablar á usted de amor, de amistad, de aprecio... ni aun siquiera de indiferencia.

De mí para usted no puede haber más que odio, pero un odio á muerte.

Y aunque usted, arrepentido de su conducta anterior, fuese tan noble como rufián es hoy, yo no tendría para el hombre que me ha ultrajado villanamente más que desprecio.

Pensando en usted, no comprendo aquel precepto evangélico que nos aconseja hacer bien á nuestros enemigos, y amar á los que nos aborrecen.

Jesucristo, al dictar esta máxima á las gentes de Judea, no previó que pudiera nacer un hombre de tan miserable estofa; por consecuencia, con usted no reza el consejo de aquel mártir augusto.

Este modo de apreciarle no autoriza en mí una conducta bastarda y engañosa.

Aunque existe un hombre á quien nunca olvidaré, á quien jamás dejaré de amar, he jurado fidelidad conyugal á los piés de un sacerdote, y consentiría que me despedazaran antes que faltar á ese juramento sagrado.

En mí tendrá usted á la mujer que no se olvida nunca de sus deberes; pero no á la esposa amante y tierna que hace eterno el amor con sus caricias, que aumenta las alegrías, y que disminuye los dolores, no á la compañera que se mira en los ojos de su esposo, y que lee en su frente sus menores caprichos para ponerlos en ejecución antes de que sean formulados.

No verá usted nunca en mí á la madre de sus hijos... me guardaré muy bien de engendrarlos para evitarle la tentación de que una noche me haga sangrar de un pié.

En una palabra: usted tendrá hoy una fe de casado, pero puede considerarse soltero, y lo estará mientras yo viva.

Para la sociedad, para el mundo, si llega el caso de que yo quiera degradarme presentándome en público con usted, pasaremos como dos esposos que cifran su felicidad en vivir el uno para el otro.

En el interior del hogar...

No nos veremos siquiera... vale más que no nos veamos; usted en sus habitaciones, yo en las mías... la muralla de la China, el inmenso océano entre los dos...

Solamente que será un océano de odio, de sordas tempestades, de oscuras nubes, que encierran en su vientre el rayo...

Usted y yo estamos interesados en que no estalle.

Este es el programa que presento, la obligación que me impongo.

De esa obligación y de ese programa, no me separaré ni una línea.

¡Buenas noches, caballero!

La joven cogió una bujía, dirigiéndose hacia un gabinete contiguo.

Román vió que la puerta se cerraba; despues oyó que se corria la llave.

Quedó solo.

Cuando apuntó el alba no se habia dormido aún.

Tal fué la noche de su desposorio.

CAPITULO LXXXIII

¡Triste despedida!

Pero ¿qué le importaba á Román el programa en cuestión?

Nada absolutamente.

Poseía ya el dote de su mujer, lo cual era su mejor partida de casamiento.

Era rico.

A esto aspiraba, ya lo había conseguido.

El banquero también estaba satisfecho.

Había un título de nobleza en su familia.

Algo le costó el adquirirle.

Aparte de los millones que constituían el dote de su hija, la felicidad de ésta.

Ya no era posible que hallara dicha en el mundo.

Su mismo padre habia contribuido á que la perdiera, trabajando ciegamente en labrar el pedestal á un ambicioso, á quien abriera las puertas, para que le pagase clavándole un puñal en el corazón.

La herida manaba sangre, aunque no la habia sentido aún.

Esto se guardaba para más tarde.

Habian pasado ocho dias desde que ambos esposos cambiaron el si en la iglesia y la promesa de hacerse felices mútuamente.

El programa de Sofía tenia riguroso cumplimiento en todas sus partes; no habia salido del hotel, ni veia á Román hasta que se reunian en la mesa.

Una mañana, á la hora de distribuir la correspondencia entre los huéspedes, el marqués vió una carta dirigida á Sofía.

La letra del sobre era de hombre.

Pero no tuvo celos, ni podia tenerlos, puesto que no la amaba.

Lo que sintió fué una gran curiosidad.

Desde luego comprendió que aquella carta era de Julio.

¿Quién otro podia escribirla?

Julio que habria tenido noticia de su casamiento.

No tenía necesidad de leerla para enterarse de su contenido.

Quejas, recriminaciones, palabras de desesperación, dicterios, maldiciones.

Esto es lo que escribe un amante que ve burlada su fe, vendidos y deshechos los juramentos que se le han empeñado.

No puede ocurrírsele otra cosa.

Román daba vueltas en su mano á aquella carta.

Iba á entregársela á un criado para que la hiciera llegar á su destino, cuando vencido por su creciente curiosidad, rompió el sobre.

Esta indiscreción es muy común en los matrimonios; la autoriza una costumbre estúpida y poco galante.

El marido está autorizado para leer la correspondencia de su mujer; pero la mujer debe respetar la del marido.

Román miró la firma.

No se había engañado; era de Julio.

En lo que no acertó fué en el contenido.

No había en toda ella una frase de recriminación; no se hacía ningún cargo á aquella mujer por su conducta, que no había explicado, cuando debiera haberlo hecho.

Ni una queja, ni un concepto que aquélla hubiera podido considerar ofensivo.

Era una carta de despedida, que rebosaba ternura y melancolía.

El amante seguía confiando en la fe de su amada, «que otros la habían obligado á traicionar.»

Concluía con estas palabras:

«Te escribo, porque voy á morir; tu esposo no tendrá celos de un muerto; en todo caso, el plomo de la pistola con que cortó mis días le dará satisfacción.

»Sé feliz con él, ya que no he logrado serlo contigo.»

—¡Hé aquí una carta que podemos llamar de ultratumba!—exclamó Román, frotándose las manos.—¡El imbécil! ¡Pues no se mata!... ¡y por una mujer!... ¡parece mentira que haya inteligencias tan atrasadas! Es verdad que esta es la época del romanticismo; pero llevado hasta ese extremo, es una estupidez.

No hubiera hecho yo otro tanto... y eso que se me iban unos cuantos millones de entre las manos...

En fin, que la tierra le sea ligera.

Y pronunció estas palabras dirigiéndose á las habitaciones de Sofía.

—¿Se puede pasar?—preguntó, deteniéndose en la puerta.

—¡Adelante!—contestó la joven, extrañando aquella visita.

Era la primera vez desde su reciente casamiento que Román solicitaba hablarla.

Este entró con la carta en la mano.

—Hoy se ha recibido por el correo,—la dijo entregándola.—Me he tomado la libertad de leerla, cosa que usted

no extrañará, porque esto es lo corriente entre matrimonios *bien avenidos*.

Sofía no le contestó.

Maquinalmente fijó una ansiosa mirada hacia el papel que la tendía su marido.

Cuando reconoció la letra de Julio perdió el color, comprendiendo que allí se trataba de alguna cosa que pudiera mortificarla.

Román era incapaz de ser portador de una buena noticia.

La joven puso la carta sobre un velador, esperando á que aquél la dejara sola.

—No, no,—dijo Román;—lea usted, porque creo que le interesará.

—Nada hay que pueda interesarme, y mucho menos de la persona que me escribe, á quien considero lo mismo que si hubiese muerto.

—¡No sabe usted hasta qué punto puede tener razón! —replicó el marqués, sonriéndose lúgubremente.

—Y puesto que usted la ha leído, no tengo necesidad de enterarme.

Esto diciendo, asió el papel, y se disponía á romperle, cuando Román se lo impidió, diciéndole:

—¡De ningún modo! Es preciso que usted lea esos renglones; si pretende con su conducta darme una satisfacción, le advierto que estoy satisfecho y que no tengo motivo para dudar de usted.

—Está bien; le complaceré.

Y procurando dominar su natural emoción, empezó á leer.

Román la observaba.

Su palidez iba tornándose lívida.

Cuando llegó á los últimos renglones, en los que el pobre Julio la participaba su terrible y desesperada resolución, la carta se desprendió de sus manos, y cayó al suelo.

Entonces, con voz lúgubre y en medio de una calma siniestra, pronunció estas palabras, como si se las dirigiera á sí misma:

—¡Ha hecho lo que yo debí hacer!

—¡La cosa no lo merecía!—replicó Román.—Yo no hubiese obrado así.

—Lo comprendo sin que usted me lo asegure. Por eso precisamente hay tanta diferencia entre los dos. Tampoco él hubiera obrado como usted.

—¡Quién sabe!

—Yo lo aseguro, porque le conocía... y le conozco á usted.

—Pues no me remuerde la conciencia, porque creo que no he dado lugar á esa determinación.

—Puede usted estar tranquilo; si hay aquí alguna culpabilidad, me corresponde toda entera. Ya ve usted que me hago justicia. Sólo le pido un favor: que no volvamos á hablar ni una palabra de lo que ha pasado.

—Sería inútil.

—Por lo mismo.

Sofía enmudeció, dando á entender que la entrevista había terminado.

El marqués recogió la carta del suelo, y afectando la mayor calma, la rompió en menudos pedazos, que arrojó por el entreabierto balcón, diciendo:

—Esto es lo mejor, para que todo quede concluido.

—Ya lo estaba por mi parte,—replicó Sofía.

Aquél hizo una reverencia, y salió de la habitación.

Cuando el verdugo ha rematado al reo, también se retira.

Entonces desapareció repentinamente la sangre fría, la espantosa calma que la joven había ostentado durante aquella breve escena.

Fué como un velo que se descorre, como un relámpago que pasa, haciendo mayor la oscuridad; como una nube que, impulsada por el huracán, cubre todo el espacio.

Un raudal de lágrimas inundó su rostro; el dolor la desgarraba el pecho, y los más profundos suspiros se abrían paso con dificultad por su garganta, harto estrecha para contenerlos.

Julio no existía ya; había preferido morir por no ser testigo, aunque ausente, de aquel suplicio en el que la feli-

dad soñada se convertía en quimera, cuando más cerca se creía de disfrutarla.

Era la íntima prueba de amor que recibía de él.

La idea de que otro hombre podía disfrutar lo que él había sembrado, fué lo bastante para ponerle en la mano la pistola con que se había dado muerte.

Terrible resolución, que la joven comprendía.

Cuando el dolor se extrema, hay que extremar también los medios de combatirle, y el mejor de todos es suprimirse, borrarse de la lista de los vivos.

En medio de aquella tristísima situación, Sofía se daba el parabién de no haber sido explícita con su amante, de haber resistido en la quinta de las Acacias á la tentación de referirle cuanto había pasado.

Si Julio llega á enterarse de que el marqués era el asesino de su hijo, de que la ambición y no el amor le había hecho poner en planta aquel plan odioso, aquella ruín intriga, antes de matarse indudablemente hubiera dejado viuda á la joven.

Con su silencio, acababa de evitar una doble catástrofe.

Así y todo, tenía un consuelo.

Julio, al morir, comprendió que ella era inocente de todo, y tan víctima como él.

Por eso se despidió de ella tiernamente, sin maldecirla, sin odiarla, sin dirigirla ninguna inculpación.

Se despedía para esperarla, para verla más tarde y no separarse de ella, y ser feliz á su lado eternamente.

—¡Cuanto antes mejor!—exclamaba Sofía.—¿Por qué no he imitado su conducta? ¿por qué no le imito, ya que es tiempo aun? ¿Qué hay en el mundo que me retenga en él? ¿Qué puede tener para mi la vida?... ¿qué aliciente me la hará agradable en lo sucesivo?... Separada de mi padre, muerto mi hijo, al lado de un hombre á quien odio, la muerte es el único bien que ansio, lo que puede resarcirme de los terribles sufrimientos que me esperan...

Desde aquel momento debia execrar más á Román.

No se contentaba sólo con sacrificarla á su ambición.

Si ésta fué su idea, parecía natural que después de realizarla, hubiese hecho caso omiso de ella.

Nada de eso.

El marqués quería martirizarla más de lo que ya habia hecho, como lo probaba su conducta en aquella ocasión, dándola á leer la carta de su amante.

Sabía que aquella fatal noticia iba á ser para ella un puñal, uno de esos instrumentos de muerte que no la causan de pronto, sino poco á poco, prolongando la agonía de un modo indefinido, obrando por días, que parecen siglos, por años, que son eternidades.

No tan solamente era causa de su dolor, sino que se mofaba de él, le escarnecía, y en su esponja empapada en hiel y vinagre, echaba acíbar, para ¡hacérsela aun más amarga.

Hasta entonces le habia admitido como un ambicioso;

era preciso que le aceptase malvado, tal como se le presentaba.

¡Qué vida iba á pasar á su lado!

¿Qué la importaba no verle, si sabía que estaba allí, bajo el mismo techo, respirando el mismo ambiente, pronto á presentarse ante sus ojos, cuando hubiera alguna mala noticia que darla, algún nuevo dolor con que afligirla, alguna herida horrible de que hacerla sangrar?

La estancia en Burdeos sólo se prolongó un mes luego de verificado el matrimonio.

Aquel lugar no convenía á los proyectos de Román.

Quería brillar, puesto que contaba con medios para volver á su primitiva existencia, y una capital de provincia no responde á los deseos de ostentación de un millonario.

Preparó un viaje por el extranjero.

Pero Sofía se opuso á acompañarle, aunque le dejaba en libertad de obrar como gustase, declarando que por su parte sólo abandonaría á Burdeos por Madrid.

El marqués no tuvo nada que oponer á aquel deseo.

Al contrario, le lisonjeaba que sus amigos de prosperidad le viesen en el apogeo de la fortuna, gastando y triun-

fando, cuando, como ya sabemos, le suponían próximo á la bancarrota.

La noticia de su boda, les demostró que había sabido evitarla.

Así, pues, una mañana abandonaron la población francesa, regresando á Madrid á la entrada del invierno, época en que la gente de dinero tiene más ocasiones de derrocharle, porque es la de las diversiones costosas, la época feliz en que hacen su agosto los sastres y las modistas.

CAPITULO LXXXIV

Histerismo

ROVISIONALMENTE, y mientras se preparaban una vivienda suntuosa, como la deseaba Román, se instalaron en casa del banquero, quien los recibió con la alegría que le proporcionaba el haber realizado el sueño de toda la vida.

Delante de la servidumbre no llamaba á su hija más que «la señora marquesa,» ni consentia que la llamasen de otro modo.

Aunque no tardó en notar la situación del matrimonio, pues para no echarlo de ver, hubiera tenido que estar ciego, no dió gran importancia á la cosa, creyendo que

todo era hijo de las escenas que tuvieron lugar en la quinta de las Acacias; pero que el tiempo iría cicatrizando sus heridas, y aproximando voluntades, hasta fundirlas en una.

Algunos negocios peores que aquel había ganado.

A su juicio, sucediera lo que sucediera, una mujer casada no tenía más remedio que amar á su esposo.

Y como él había contribuido á aquel estado de cosas, se guardó muy bien de interrogar á su hija sobre el particular.

Esperaba con ansia el resultado práctico de tal unión, deseando cuanto antes ser abuelo.

Este hubiera sido el colmo de su felicidad.

No podía figurarse que cada vez estaba más lejano de la dicha, en este sentido.

Porque cada vez se acentuaba más el odio que Sofía profesaba á Román.

La entrada de la joven en su antigua casa, fué una nueva etapa de dolor.

Aquella morada, tan risueña y tan querida, donde por primera vez viera la luz del día, teatro de sus juegos infantiles y sus más rosados sueños, de alegre nido que fué, se había transformado en oscuro calabozo.

Todo en ella la recordaba alegres detalles de una felicidad que había acabado de un modo tan fatal.

Los objetos la salían al paso, saludándola después de dos meses de ausencia, dándola la bienvenida; pero de una manera triste y melancólica.

Parecían decirla:

«¡Qué diferencia de tiempo! Vimos antes sonrisas, donde vemos lágrimas ahora. ¿Por qué no nos es dado resucitar en ti aquel antiguo regocijo con que paseabas sobre nosotros tus alegres miradas?»

La primera diligencia de Sofía, luego que hubo descansado de las molestias del viaje, fué proporcionarse una entrevista con Magdalena.

Al día siguiente bajó al jardín.

Sus pasos se encaminaron inconscientemente hacia el tronco de la encina, donde depositaba las cartas, que después debía leer su amante.

El tronco esperaba aún; no había cambiado como su suerte.

Presentaba como en mejores días, su oscura cavidad, pidiendo aún algunas palabras que derramasen el consuelo en un corazón.

Sofía no pudo contener una lágrima.

¡Ay!

Aquel confidente de sus amores no fué alguna vez todo lo discreto que ella suponía.

En más de una ocasión se dejó arrebatar el secreto depositado en su fondo.

Acaso esta circunstancia originó todo lo malo que sobrevino después.

Pero como lo ignoraba, no pudo menos de experimentar junto al tronco, una dulcísima emoción, que se trocó en seguida en un melancólico recuerdo.

Un ruido leve de pasos, que apenas se imprimian sobre la arena del jardín, la hizo volver la cabeza.

Era la jorobada que se deslizaba junto á la tapia.

También la había visto, pero no se determinaba á hablarla, marchaba tímidamente, como si quisiera ser llamada.

Cuando una persona tiene malas nuevas que referir, casi se alegra de pasar inadvertida á los ojos de aquella á quien pueden molestar sus noticias.

—¡Magdalena!—exclamó la joven marquesa con voz baja, dando un paso hacia adelante.

Aquella se detuvo, acudiendo después al llamamiento de su amiga, que amiga más que ama era en aquel instante.

Asió su mano para besarla tierna y respetuosamente.

—¡Señorita!...—exclamó.

No pudo decir más; los sollozos la cortaron la voz.

—¿Qué tienes que decirme?—preguntó Sofía.—Quiero saberlo todo; él sin duda hablaría contigo la noche del baile... ¡noche fatal!

—¡Esa noche... y después!—contestó la jorobada.

—¡Y bien!

—Me pidió noticias, que yo no pude darle, puesto que nada sabía.

—Yo le ví al poco tiempo en la quinta... hablé con él...

—Entonces... ¡qué quiere usted que yo la diga!

—¿No tienes ninguna noticia sobre sus últimos momentos? Pero no: él trataría de ocultar á todos su fatal resolución.

—¡No tanto como usted cree!... por más que el señorito Julio lo procurase así.

—¿Qué dices?

—La catástrofe fué aquí mismo...

—¡Aquí!

—Es decir, en la calle... al otro lado de la puerta.

—¡Le trajo aquí su cariño!

—Mire usted, señorita, vale más que no hablemos de una cosa que la ha de entristecer.

—¡Más de lo que estoy! ¡No es posible! No, no... dímelo todo... quiero saber hasta el más ligero detalle.

La jorobada, exhalando un profundo suspiro, se apresuró á obedecer.

—Aquel día,—prosiguió,—estaba yo en el jardín con la labor en la mano; pero no trabajaba: ustedes dos ocupaban mi pensamiento.

Ya se había traslucido entre la servidumbre algo sobre la boda de usted con el señor marqués.

Yo pensaba en la desesperación que esta noticia debía causar en el ánimo del señorito Julio.

Esta idea me produjo un malestar indefinible; sentía así como si me doliese una herida, ignorando hacia qué parte la había recibido.

¡Oh, qué angustia experimentaba!

Luego dicen que no existe el presentimiento, ó que si existe hay que reirse de él...

Me guardaré muy bien de hacerlo, cuando otra vez me vea en situación parecida.

De pronto sentí una detonación en la calle, un ruido siniestro que me hizo estremecer, convirtiendo en terror mi melancolía.

Maquinalmente, y acaso sin intención de hacerlo, corrí hacia la puerta que abrí con trémula mano.

¡Ah, señorita! ¡Qué espectáculo se presentó á mis ojos! ¡Nunca le olvidaré, aunque se prolongara mi vida doscientos años sobre los que cuento!

El señorito Julio estaba sentado sobre el escalón de piedra, con la cabeza medio deshecha, que sin duda apoyaba en la puerta, porque al abrirla, resbaló, cayendo de este otro lado, sobre la arena del jardín, á mis piés, pero tan cerca que me los salpicó con la sangre que brotaba de una horrible herida que le destrozó el cráneo.

Apretaba en su mano derecha, entre los estremecimientos de la agonía, la pistola con la que acababa de consumar el hecho.

No había muerto aún.

El golpe le hizo abrir los ojos, y fijar en mí una mirada de indefinible expresión.

Al mismo tiempo, mirándome siempre, pronunció con voz débil este nombre: «¡Sofía!» como queriendo signifi-

carme que cuando nos viéramos la dijese que su último pensamiento había sido para usted.

Su vida duró un segundo.

Se entornaron dulcemente sus párpados...

Cuando llegó mi padre, que había echado á correr detrás de mí, estaba muerto.

¡Pobre señorito!

Con esta frase concluyó la jorobada su triste relación, enjugándose las lágrimas, que surcaban sus mejillas.

Sofía no la imitó; pero estaba horrorosamente pálida.

Había escuchado aquella triste y dramática relación sin pestañear.

Parecía una estátua.

No se percibía en su seno el más ligero movimiento de la respiración, como si la vida hubiera cesado de repente en ella.

Después que cesó de hablar la jorobada, permaneció aun en silencio por espacio de algunos segundos, silencio que aquélla no se atrevía á interrumpir.

Hay momentos en los que las palabras más tiernas y compasivas huelgan completamente.

Pasada aquella ligera pausa, exclamó con voz lúgubre:

—¡Es un crimen que pesará eternamente sobre mi conciencia!

—¡Ah!... no, señorita; sobre la de otros... usted ha sido víctima también... y hoy inspira más compasión que el muerto.

—¡No, Magdalena! Repito que la culpa es mía... yo puse en la mano la pistola que le sirvió para atentar contra su vida, cuando puse la desesperación en su alma.

—Pero usted, ¿qué culpa ha tenido?

—La de haberme prestado á hacer, ¡tan dócilmente! lo que se exigía de mí; yo debí haberme resistido, haberme negado... ¡quizás eso más hubiera tenido que agradecerme mi padre!... por de pronto él viviría... y yo no hubiera echado sobre mi conciencia tan espantoso remordimiento.

Nada tuvo que contestar Magdalena.

¿Qué la iba á decir?

Hay dolores que son refractarios á todo género de consuelos... por mejor decir, aun no se ha inventado el consuelo para algunos dolores.

Las dos amigas, aunque sin hablarse, permanecieron juntas aún algunos minutos.

No tenían necesidad de mover los labios para nada; la elocuencia de las miradas era suficiente para entenderse.

Por último se separaron.

Sofía no volvió á bajar al jardín, viviendo encerrada en sus habitaciones.

La vida haciasele pesada.

La pobre joven parecía tener empeño en renunciar á

todo lo que pudiera despertar en su mente el recuerdo de aquel hombre, á quien tanto habia amado.

Los recuerdos más tiernos suelen ser los que molestan más, los que mayores daños causan.

Porque Sofía, persistiendo siempre en su idea, hallaba en aquel recuerdo un remordimiento.

A su juicio, Julio no había atentado contra su vida; fué ella la que le hirió á traición.

El suicidio se había convertido en asesinato, y el amor en instrumento de muerte.

La fatalidad puede hacer un áspero dogal del más dulce sentimiento, del lazo más tierno y amoroso.

Desde el día en que supo los detalles de la catástrofe que privó á su amante de la vida, Sofía empezó á enfermar, con esa terrible dolencia de la imaginación, tan común en los claustros, que se llama *histerismo*.

Empezó, como empieza siempre, por *escrúpulos*.

Los confesores saben lo que es eso, mejor que los médicos.

Un devoto atacado de *escrúpulos*, ve á Satanás en la hostia, y postrado ante cualquier imagen, se cree juguete del diablo, por más que rocie su frente con agua bendita y no separe de su cuello el rosario.

La pobre joven tenía alucinaciones espantosas.

Sus noches especialmente, eran terribles, pobladas de fatídicas visiones, que la producian angustias dolorosas, copiosos resudores que la debilitaban más cada vez.

Su terror llegó hasta un extremo tal, que teniendo ya miedo de dormir sola, se hacía acompañar por una de sus doncellas.

Una noche despertó sobresaltada.

A la cabecera de su lecho había un fantasma, el esqueleto de su amante, que alargaba su mano descarnada, sus dedos amarillentos y asquerosos, para asirla y llevársela al antro maldito donde su alma se abrasaba en fuego eterno, que no llegaba á aniquilarla nunca.

Era el esqueleto de su amante.

Los cóncavos vacíos de su calavera, lanzaban relámpagos de ira; sus descarnadas encías se agitaban á impulso de terribles maldiciones.

Una mueca horrible se retrataba en el sitio que antes ocuparan los labios.

Aquella era una espantosa escena.

Sofía, trémula de terror, remedosa, agitada, y ya completamente despierta, se incorporó en el lecho, cruzó las manos y exclamó en medio de la mayor angustia:

«¡No me persigas más!»

La doncella estaba aterrada, hasta el punto de que vió, ó creyó ver, el fantasma que denunciaba su señorita.

Desde aquella noche renunció al honor de dormir en la misma habitación.

—¡Oh! no me persigas mas—

CAPITULO LXXXV

¡Luz que se apaga!

Tal era la situación de la infeliz Sofía, que hubiera inspirado lástima hasta á sus mismos enemigos, si los tuviera.

Situación que no pudo menos de ser conocida por su padre.

El banquero, que la amaba con delirio, iba convenciéndose poco á poco de su error, que había dado lugar á tan funesto estado.

No tan solamente se lo demostraba así la situación de su hija, sino la conducta de Román; que no era la más á propósito para cortar de raíz tantos males, para enjugar tantas lágrimas, para cicatrizar aquella profunda herida, hecha en el alma de su esposa.

Pimentel se había dejado influir demasiado por su deseo de ennoblecer á su hija, casándola con un título.

La ambición de Román había descubierto el juego, pero demasiado tarde.

Al mismo tiempo, el marqués no se preocupaba gran cosa de la situación de Sofía.

Dueño de su cuantioso dote, volvió á proseguir aquella vida de disipación á que estaba acostumbrado desde muy joven y que era tan de su gusto.

Queridas, juego, locas apuestas, partidas de caza, carruajes, caballos de precio, viajes de placer, operaciones ruinosas en la Bolsa, todo, en fin, lo que constituye la existencia agitada de un hombre que vive en el gran mundo.

Hé aquí la recompensa que daba á las ciegas complacencias de su padre político.

Más de una vez intentó éste llamarle al orden, hacerle entrar en vereda, sujetar aquellos instintos, que ya no tenían por disculpa los pocos años.

Todo fué inútil.

El marques no se le puso jamás de frente; parecía hacerle caso y oía con respeto sus atinadas observaciones.

Después hacía su gusto, sin que aquellas reprimendas le moderasen lo más mínimo ni le condujesen arrepentido á la presencia de su mujer.

Pimentel no sobrevivió más que dos años á aquella funesta unión que él había dispuesto, desconociendo por completo el carácter de su yerno, y el cieno en que de continuo se revolvía.

Dejó á su hija por heredera de una inmensa fortuna, que fué á parar á manos de Román.

Porque ella, ¿para qué la necesitaba?

Hacía ya muchos meses que no salía de su casa, renunciando voluntariamente á todas las ventajas de su brillante posición.

Sola, sin su padre, sin amigas á quien confiar sus penas, víctima de la enfermedad que la minaba sordamente, su única ocupación era llorar los yerros de su padre mal aconsejado.

La infeliz parecía un espectro.

Su radiante juventud se había trocado en una vejez prematura.

La ciencia acababa de desahuciarla, entregándola en las fatales manos del dolor.

En medio de todo, agradecía á su marido la fineza de no preguntar por ella, de no presentarse ni una sola vez en sus habitaciones, de no demostrar que la inspiraba el menor interés.

A lo menos no tenía que sufrir la presencia de aquel sér infame, causa de sus desventuras, verdugo de su juventud y hasta de su propia existencia.

Una tarde sintió que una mano tímida llamaba en la puerta de su habitación.

Parecia una mano amiga en aquel discreto modo de anunciarse.

¿Quién se acordaba de ella?

¡Estaba tan acostumbrada al olvido de todos!

—¡Adelante!—murmuró con débil voz.

Al ver á la persona que se presentó ante sus ojos, no pudo contener una exclamación de alegria.

Era la jorobada, su amiga, su confidenta.

¿Cómo habia podido pasar tanto tiempo prescindiendo de su presencia?

Subia á hacerla una visita.

Cuando todos la abandonaban, ella era la que acudia á consolarla, dándola un elocuente testimonio de que no se habia extinguido en su corazón el cariño que la profesaba.

—¡Magdalena!—exclamó, señalándola una banqueta cerca del sillón que ocupaba.

Hasta entonces no habia reparado en el aire melancólico de aquélla y en dos lágrimas próximas á desprenderse de sus pupilas.

—¿Qué te pasa?—preguntó.—¿por qué lloras?

—Vengo á despedirme de usted, señorita;—murmuró la jorobada haciendo esfuerzos para serenarse.

—¡Pues qué! ¿te vas?

—No me voy: es que nos echan...

—¿A quién?

—A mi padre y á mí.

—¡Pero qué os echan! ¿De dónde?

—De la casa.

—¿Quién?

—El señor marqués.

Este nombre hizo estremecer á Sofía, causándola tan mala impresión como la noticia que acababa de recibir.

—¡El marqués os despide!—preguntó.—¿Qué habéis hecho?

—Nada.

—¡Pero por nada no se priva uno de los buenos oficios de servidores leales! ¿Qué es lo que ha pasado?

—Hace dos meses, esto es, durante el Otoño, mi padre, que estaba podando un árbol, se cayó al suelo, habiéndose tronchado la rama en que se apoyaba, con tan mala fortuna, que se rompió una pierna.

Quedó muy mal después de la cura, cojea, su salud es muy delicada, y aunque no falta á su obligación, emplea en el trabajo doble tiempo del que antes empleaba.

Todo lo cual le ha servido de pretexto al señor marqués para ponernos en la calle.

Hoy mismo nos vamos, pero he creído que antes debía despedirme de mi señorita.

Sofía le tendió la mano, que besó aquélla, á quien dijo:

—Has hecho bien en acordarte de mí, Magdalena; seguramente que me hubiera lastimado el que partieras sin verme.

—¡Eso no era posible!

—Ya lo sé, y por eso te lo agradezco. ¡Os vais tu padre y tú después de haber servido en la casa tantos años!... ¡un intruso en ella, que está aquí con menos derechos que vosotros, os despide, os arroja, sin que yo pueda defenderos ni oponerme á esa determinación!

Yo, menos que nadie... ¿qué puedo hacer por vosotros, cuando por mí misma nada puedo?

No sé si lo sabrás, pero aquí soy poco menos que el último de los criados.

Si yo pidiera algo al marqués en vuestro favor, equivaldría á denunciaros á su enojo para que extremara sus rigores.

—¡Señorita!... ¡por Dios!... no he venido con esta idea.

—Lo supongo... pero á mí me toca hablar con esta franqueza, aunque mortifique mi amor propio.

Magdalena suspiró.

—¿Qué tienes?—la dijo su amiga.

—¡Me acuerdo de tiempos pasados!... ¡ah!... ¡qué diferencia!

—¡En aquellos tiempos no era yo extraña en mi casa como hoy! Mandaba, y todos me obedecían gustosos, porque no pedía de los demás cosas que no estuviesen en orden ni les molestasen.

¿Quién se acuerda ya de aquéllo, Magdalena?

¡Lo mejor es no pensar en cosas tan desagradables!

La resignación de la pobre enferma encerraba una queja muda contra el destino, que la trataba de un modo tan cruel.

Pero no podía remediar su estado.

La jorobada, que estaba en peor situación y que no quería prolongar aquella escena, se levantó, como pidiendo venia para partir.

—¿Me dejas?—la preguntó.

—¿Nada tiene usted que mandarme?

—Que mandarte, no; pero una cosa voy á suplicarte: que reces por mí.

—¡Señorita!—exclamó la jorobada deshecha en amargo llanto.

—Estamos viéndonos por última vez.

—¡Oh!... ¡no piense usted así!

—Puede que vengas mañana y no nos veamos ya... ¡tanto mejor! Cuando se vive para padecer sin culpa, está uno más á gusto allá abajo... en el cementerio... los muertos hallan eterno reposo en la tumba, y el alma asciende á presencia de Dios... ¡*El* acoja la mía!

La jorobada no halló qué contestar á tan tristes y tan sentidas palabras.

Harto conocía que encerraban una gran verdad, que Sofía estaba ya poseída de esa especie de iluminismo que da la proximidad de la tumba.

Era imposible que resistiese muchos días.

Estaba como un cadáver galvanizado, y la vida, abandonando poco á poco sus enflaquecidos miembros, se refugiaba en el cerebro, último punto que iba á abandonar.

Magdalena se aproximó más á Sofía para besarla en la frente.

Beso de amor, que es también el último beso que se cambia entre dos personas que van á separarse para siempre.

A los muertos se les besa en la frente.

Entonces Sofía abrió los brazos para que la jorobada se precipitara en ellos, como en efecto lo hizo.

—¿No somos amigas?—la dijo.

—¡Me honra usted demasiado!...

Desde este punto no cambiaron ni una sola palabra.

La despedida fué tan tierna como lúgubre.

Por último, la hija del jardinero se desprendió de aquellos brazos, que aunque faltos de calor, empezaban á sofocarla por la presión nerviosa.

Dió media vuelta, y empezó á alejarse, pero á remolque, como si hubiera algún hilo invisible que, unido á la enferma, la retuviese allí.

Estaba ya cerca de la puerta, cuando oyó la débil voz de Sofía, que la preguntaba:

—¿Magdalena... te acuerdas de él?

—¡Oh, señorita! ¡Cómo es posible que yo me olvide!

—Aquella noche... me esperaba... yo no pude asistir á la cita... me arrebataron... después... ¡Vete!... ¡vete, Magdalena!... ¡mejor fuera no haber nacido!...

La jorobada salió definitivamente.

Sofía, vió su silueta, perdiéndose en la habitación anterior á la que ocupaba.

Entonces exclamó con mortal desaliento:

—¡Sola!... ¡completamente sola!... ha logrado apartar de mi lado á todos los seres que me eran adictos, empezando por mi hijo...

Ahora estoy á merced de ese monstruo... sin tener quien me defienda de una agresión posible.. ¡oh! sí; me defiende la enfermedad... la muerte, que no tardará en apoderarse de mí... con su auxilio no le temo...

¡Qué hermoso es morir cuando se vive á disgusto!

CAPITULO LXXXVI

Resignación y sollozos

Llegó á ser tan grave el estado de Sofía, que el médico de cabecera perdió la esperanza de salvarla.

Cuidadosamente siguió el curso de la enfermedad, viendo los estragos que causaba en aquel delicado cuerpo.

Cuantos recursos tenía la ciencia de curar, había empleado sin conseguir el menor alivio.

Cierto que la enfermedad, más que en la materia, estaba en el espíritu y para curarle la ciencia médica carece de recursos.

Ve con dolor como el cuerpo se consume cediendo á la influencia moral; que la pasión de ánimo destroza la materia y tiene que cruzarse de brazos confesando su impotencia.

Solamente en algunos instantes brillaban los ojos de Sofía con extraordinario fulgor como si en ellos se hubiese reconcentrado toda la grandeza de aquel cuerpo, próximo á volar á las regiones del no ser.

De aquel cuerpo que causó la admiración de cuantos le contemplaron, no quedaba más que el armazón; la parte que no puede disminuir la que corresponde á la tierra.

Las formas perdieron por completo su morbidez, la piel de tersa y sonrosada, se convirtió en rugosa y amarillenta.

La sangre ya no la prestaba color, circulando por las venas casi convertida puramente en linfa.

Un nuevo síncope y Sofía dejaba de existir.

Magdalena, que no se separó un instante del lecho de la enferma, contemplaba al médico con ansiedad, aguardando que terminase su examen.

Mas para conocer cual era el estado de su señora no tenía necesidad de preguntarle, la bastaba con ver el semblante del doctor, con las repetidas veces que frunció el ceño.

Al salir de la estancia de la enferma, el médico la hizo seña de que le siguiese.

—¿El señor marqués está en casa?—la preguntó.

—¡Ay! no, señor.

Hace dos días que no viene,—repuso la jorobada ahogando sus sollozos.

El médico, después de dejar aparecer en sus labios una sonrisa de dolor, agregó:

—Necesito hablarle con urgencia.

¿Sabe usted dónde puede estar?

—A punto fijo no, señor; pero lo más probable es que se encuentre en el casino.

—Inmediatamente mande usted á uno de los criados que vaya á buscarle, y le diga, que es para un asunto que no tiene espera.

La jorobada salió de la estancia.

En tanto, el médico dejóse caer en una butaca á la vez que se decía:

—La conducta de ese hombre no tiene igual.

No hay sér en el mundo que proceda del modo que él lo hace.

Es el único culpable de la muerte de su esposa: con ella comete un asesinato mil veces más penable que el que ejecuta el criminal, que apostándose tras una esquina, espera el paso de la víctima que eligió.

Sin embargo de esto, el crimen del marqués no está penado en el código, porque se comete con las armas que proporcionan la astucia y la perversidad, que ni magullan, ni rompen la materia, pero que hieren el espíritu y le matan después de hacerle sufrir de una manera cruel.

Magdalena, penetró nuevamente en la estancia, diciendo:

—Ya han ido á buscarle.

Pero me parece que no vendrá.

Ya sabe usted que el señor marqués, se cuida de todo menos de su infeliz esposa.

—Es verdad; mas en este caso, no le creo tan falto de aprensión ni de conciencia que deje de acudir.

Aunque no sea nada más que por respeto á las conveniencias sociales.

Magdalena se encogió de hombros, no atreviéndose á contestar.

Era tan duro lo que iba á decir, que por respeto á su señora guardó silencio.

Después de algunos instantes, añadió:

—Y bien, doctor, ¿cómo encuentra usted á la enferma?

—Grave.

Tanto es así que por esta razón quiero hablar con el marqués.

Estas frases hicieron brotar el llanto de los ojos de la jorobada, al ver confirmados sus presentimientos.

—¿Es decir, que ya no hay esperanza?...

—Hija mía, mientras alienta un enfermo, el médico no debe perderlas.

Aun en los casos más desesperados suelen presentarse fenómenos que varían el curso de las dolencias.

Mas hay que prevenirse por lo que pueda suceder.

Si la repite el síncope que hemos logrado contener, no hay salvación para ella.

Su estado es tan crítico, que estoy seguro que no tendrá fuerzas para resistir un nuevo ataque.

Magdalena tuvo que hacer grandes esfuerzos para ahogar sus sollozos, y añadió:

—¡Ay, doctor! cuando usted se expresa de este modo, es porque ya no hay salvación para la señorita.

—No tanto, hija mía.

Mas hay que tener en cuenta que en el estado en que se halla, cualquier cosa es suficiente para producir el síncope.

La menor alteración del sistema nervioso, que aumente la fiebre que la devora... en fin, cualquier causa,—añadió el médico convencido de que era inútil ocultar la gravedad de la marquesa.

Viendo que el marqués no se presentaba, volvió el doctor á acercarse al lecho de la enferma.

Aplanada por la fiebre que consumía sus energías, hallábase la joven sin dar apenas señales de vida.

Sus párpados estaban entornados, su respiración era muy débil, denotando que era muy poca la sangre que acudía á sus pulmones.

El médico tornó á arrugar el ceño.

A su llegada la encontró en aquel estado, y á pesar de que hacía más de una hora que estaba allí, continuaba en él.

Sin embargo, la enferma no dormía, hallándose sólo aplanada por la fuerza de la fiebre.

El médico se apoderó de una de las manos de la enferma, que no dió la menor señal de apercibirse de aquella acción.

Su piel quemaba, lo mismo que si debajo de ella circulasen los tubos que aprisionan el vapor de una máquina puesta en movimiento.

—¿Cómo se encuentra usted?—la preguntó con objeto de arrancarla de aquel éxtasis, de hacer que la imaginación, que parecía permanecer soñando aferrada á su ideal, se separase de él.

—Bien;—repuso la enferma con voz débil.

No me duele nada.

Sólo tengo mucha sed. Tanta que no hay nada que me la calme. Mis labios están agrietados de resecos.

—Sin embargo, debe usted beber lo menos posible.

—No quiero beber agua, porque creo que me da más sed.

—Si pudiera conseguir que durmiese tranquilamente, aunque no fuera más que dos horas, ¿quién sabe lo que podría suceder?—pensó el doctor.

Mas eso es muy difícil. Cuantos cálculos haga son inútiles; no hay fuerza, y por lo tanto, esa existencia ha de apagarse, como la luz falta del combustible necesario á su alimentación.

Seguido de la jorobada el doctor salió de la estancia, y entonces profirió:

—De nada sirve que yo trate de ocultar en lo más mínimo el estado de la marquesa, si al fin vamos á tener un desenlace funesto.

Mi misión ha concluido. A la ciencia le faltan recursos para combatir los males del espíritu; por lo tanto, lo que hace falta aquí es un sacerdote.

—¡Dios mío!—exclamó Magdalena sollozando.

¿Por qué castigas al inocente, en tanto que quien hizo el mal goza de los placeres de la tierra?

—Porque no ha de conocer los del cielo,—interrumpió el médico.

Pero pronto, no podemos perder el tiempo en lamentaciones; hay que buscar en seguida á un sacerdote.

Magdalena salió precipitadamente de la estancia, diciendo á uno de los criados que fuese á pedir los auxilios de la religión á la iglesia más inmediata.

Hecho esto regresó al lado del médico que la dijo:

—Puesto que el señor marqués no viene, me retiro.

Usted se encargará de preparar á la enferma, para que la presencia del sacerdote no la impresione demasiado.

Comprendo que estos encargos son siempre dolorosos de llenar, pero no hay más remedio que revestirse de valor.

La amistad impone ciertos deberes que hemos de desempeñar unos por otros.

Mi obligación es hacer cuanto me sea posible por salvar á esa pobre señora, mas á pesar de esto, creo que la marquesa ganará mucho con morirse.

—Es verdad; así dejará de sufrir.

Dios tendrá en cuenta lo mucho que ha padecido en este mundo; pero ¡ay! es tan triste perder á los seres que amamos, que no puedo resignarme á ello

—Magdalena, no hay más remedio. Es un tributo que hemos de pagar todos.

Desde el instante en que nacemos pesa sobre nosotros, y poco á poco desaparecemos de la tierra para dejar sitio á nuevas generaciones.

¡Adiós! No puedo detenerme más.

Luego volveré,—terminó el médico saliendo de la estancia.

Magdalena al quedarse sola volvió á ocupar su puesto al lado de Sofía.

Con no poco trabajo ahogaba la infeliz las lágrimas.

—¿Cómo la digo que se prepare á recibir los santos sacramentos?—pensaba.

¡Vaya, valor!—y fué á hablar, mas se contuvo.

De este compromiso vino á sacarla la débil voz de la enferma que la preguntó:

—¿Qué te ha dicho el médico?

Que estoy peor ¿verdad?...

No me lo niegues.

Es inútil, la muerte no me asusta.

Precisamente porque la he llamado tantas veces no viene en mi busca.

Un fuerte sollozo fué la contestación que dió la jorobada á estas frases.

—¡Vaya! no llores, —agregó la enferma con dulzura.

Puede tenerse apego á la vida cuando en nuestro corazón hay algo que nos ligue al mundo; ¡pero yo! ¿para qué quiero vivir?

¡Si ya en la tierra no hay remedio á mi mal!

Si hasta he perdido por completo la esperanza y donde ésta acaba principia la muerte.

—¡Por Dios! no diga usted eso;—la interrumpió la jorobada.

—La verdad, Magdalena, tú en mi caso pedirías á Dios, que cuanto antes te llevase á su lado.

Es el único remedio que existe para mis desventuras.

Ya ves que lejos de entristecerme la proximidad de mi muerte, es para mí una noticia agradable.

Conque ¿qué te ha dicho el médico?

—Que él ya no puede hacer más, y que mande á buscar un sacerdote.

—¿Lo has hecho?

—Sí, ya han ido á buscarle.

—¡Gracias, Dios mío, al fin has oído mis súplicas!—

agregó Sofía, volviendo á caer en el estado de abatimiento y sopor que la fiebre le causaba.

Magdalena llena de admiración, viendo lo resignada que se encontraba su señora, no pudo reprimirse y dejó que el llanto surcase sus mejillas.

CAPITULO LXXXVII

Los dos médicos

Desde que Sofía cayó enferma, los criados de su casa estaban tristes: para ninguno eran un misterio sus sufrimientos.

Verdad que el marqués maldito lo que hacia para disimular su conducta: por esta razón todos sentían tanto afecto por su señora como odio hacia el marqués.

Con rapidez se dirigió el criado á la iglesia inmediata y sin pérdida de momento penetra en la sacristía.

En ella no habia más que uno de los sacristanes, ocupado en guardar algunas sagradas vestiduras en unos grandes armarios que ocupaban los frentes de aquel recinto.

—¿Qué se le ofrece?—preguntó el sacristán al criado.

—Vengo en busca de un sacerdote para que preste los auxilios de la religión á mi señora que se está muriendo.

—Pues tendrá usted que esperar un poco. Ahora no hay en la iglesia ninguno de los señores tenientes.

Los dos de guardia están ocupados, uno en el convento y otro ha salido á ayudar á bien morir á un enfermo.

—Es que el caso es muy grave,—objetó el criado.

—¿Y yo qué voy á hacerle?—repuso el sacristán con naturalidad, como hombre acostumbrado á aquella clase de escenas.

—¡Dios mío! se morirá mi señora sin que un sacerdote le preste los consuelos de la religión.

Si voy á otra parroquia me mandarán que venga aquí...

¿Tardarán mucho?—agregó el criado con tristeza.

—No lo sé.

—¡Qué fatalidad!

El sacristán se encogió de hombros.

El pobre servidor permanecía en pié en el centro de la sacristía sin saber qué partido tomar.

En aquel momento penetró en la estancia un sacerdote.

Era de aspecto agradable, en su semblante, estaban retratadas la tranquilidad de espíritu y la confianza que atrae y facilita los medios de que un pecador desahogue su conciencia.

Frisaría en los cuarenta y cinco años, y era conocido el padre Salvador, como un modelo de sacerdotes.

No era de aquellos que más que del bien del prójimo se cuidan de su medro personal.

El padre Salvador vivía pobremente y sin que pudiese nunca economizar nada, pues su bolsa siempre estaba abierta á los menesterosos.

Más de una vez al tenderle alguna mano implorando caridad, metió la suya en el bolsillo encontrándosele vacío; entonces suspiraba con tristeza, respondiendo:

—¡Hijo, perdona por Dios! Ya he dado todo lo que tenía.

Al verle el criado, le dirigió una mirada suplicante, que no se ocultó á la penetración del sacerdote, quien, dirigiéndose al sacristán, le dijo:

—¿Qué sucede?

—Vienen á pedir los sacramentos y no hay en la iglesia ningún teniente.

—¿Tan grave es el caso que no admite esperar?

—Sí, señor; tanto es así, que temo encontrar muerta á mi señora cuando regrese á casa.

—Entonces no perdamos tiempo.

En estas circunstancias todos los sacerdotes estamos obligados á acudir en ayuda del que necesita los auxilios de la religión.

Por más que no soy de esta parroquia iré en sustitución de uno de los tenientes.

—¡Gracias, padre!—respondió el criado.

El sacerdote dirigiéndose al sacristán, añadió:

—Vamos sin perder tiempo.

El sacristán obedeció rápidamente, el padre Salvador púsose de roquete y estola, se echó la capa sobre los hombros y recogiendo la caja con los santos óleos salió de la sacristía.

Delante de él marchaba el sacristán llevando el farol en la mano.

Al llegar á la puerta de la iglesia, el criado se adelantó deteniendo por medio de una seña á un coche de alquiler que en aquel momento pasaba por la calle.

El sacerdote subió al carruaje, que se puso en marcha; deteniéndose poco después en la puerta del palacio de la marquesa.

En el portal estaban los criados esperando su llegada: al verle se arrodillaron.

El padre Salvador, seguido de los servidores de la casa, dirigióse á las habitaciones de la enferma.

Magdalena salió á recibirle.

En el semblante de la hija del jardinero se retrataba el más profundo dolor.

Por ese ambiente que siempre se respira en las habitaciones de un enfermo, conoció el sacerdote que habían llegado, y aproximándose á la jorobada la dijo con dulzura:

—Hágame el favor de preparar á la enferma, para impedir que mi respectiva presencia la emocione.

—No hace falta, señor.

Precisamente está deseando que usted la prodigue los consuelos de la religión.

El sacerdote se acercó al lecho, Magdalena y los criados hincáronse de rodillas en el dintel de la estancia.

La pobre Sofía continuaba sumida en un gran abatimiento, pero sin perder en un ápice sus facultades intelectuales.

La presencia del sacerdote hizo que en los labios de la enferma apareciese una débil sonrisa y de sus ojos se escaparon destellos de felicidad.

Para ella el sacerdote era el heraldo de la muerte, no la seca y descarnada hacia quien sentimos ese horror que inspira todo lo repugnante, que aterroriza nuestro sér, haciéndole que defienda desesperadamente su existencia; y si como el último bien que iba á recibir en la tierra, y con el cual terminaban sus sufrimientos.

El sacerdote asistido por el sacristán, comenzó las oraciones.

Durante la ceremonia observó Sofía una devoción y un recogimiento que admiraron al padre Salvador.

Después de olearla, el sacerdote hizo una señal para que le dejasen solo con la enferma.

Con entonación dulce la dijo:

—Hija mía, reza y pide á Dios que te devuelva la salud si conviene á tu alma.

A veces el Señor al entrar en el cuerpo de un enfermo, expulsa el mal.

Si tu conciencia está tranquila, no temas á la muerte.

Felices aquellos que pueden llegar ante el tribunal de Dios con el alma limpia de pecado.

Los sufrimientos en la tierra son una recomendación para ganar el cielo.

Nuevamente apareció en los labios de Sofía una sonrisa de amargura, expresando así lo mucho que el dolor laceró su pecho.

¡Ay! si los sufrimientos en la tierra son una recomendación para ganar el cielo, la esposa del marqués podía penetrar en él sin obstáculo alguno.

Falta de fuerzas para responder, la infeliz guardó silencio, mas en el fulgor de sus miradas podía adivinarse el júbilo que se apoderó de su espíritu.

Iba á dejar el mundo llena de alegría; en él apenas pisó los umbrales de la dicha, interpúsose la desgracia en su camino, desde entonces tuvo que recorrer la senda de la amargura sin que el dolor diese á su espíritu un instante de reposo.

El padre Salvador siguió prodigándola los consuelos espirituales, pues cuando la resignación se apodera del espíritu, las palabras sólo sirven para fortalecerle.

Aunque muy débil comenzó á iniciarse la reacción en la enferma, mas al querer incorporarse la faltaron las fuerzas para ello.

El padre Salvador llamó á Magdalena, y ésta ayudó á Sofía á incorporarse en el lecho.

Creyendo la enferma que aquel ligerísimo alivio era un mal síntoma, dijo al sacerdote con entonación de súplica:

—¡Padre, siento que las fuerzas se me acaban y que dentro de pocos instantes habré dejado de existir!...

—Hija mía, comprendo lo que deseas: me quedaré.

—¡Gracias, padre mío!—al pronunciar estas frases, dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Sofía.

Iba á morir; en torno de su lecho no había más personas que la jorobada y el sacerdote.

La primera era amiga por afecto, su confidente en los primeros pasos, por la senda de la ilusión y también conocedora de sus desdichas.

El segundo era el representante de Dios en la tierra, el amigo del que sufre, el que enjuga el llanto de los afligidos mitigando con sus consuelos los dolores del alma.

¿Pero y su esposo? ¿dónde estaba en aquellos solemnes momentos?

Tal vez gozando los placeres del vicio.

Embriagándose de amor en los brazos de alguna meretriz.

Quizás siendo el alma de alguna orgía,

Estas reflexiones fueron la causa de aquellas lágrimas.

Y es que al acercarse la hora de la muerte, el paciente desea verse rodeado por aquellos con quien vivió, para perdonar ó que le perdonen.

El sacerdote antes de salir de la estancia, dijo á la enferma:

—Dios no quiere que sus criaturas se deseen la muerte; debes procurar entregarte al descanso.

La tranquilidad del alma proporciona la del cuerpo.

Cuando me necesites, llama, y en seguida me tendrás á tu lado.

El sacerdote se retiró al gabinete, acomodándose en una butaca.

Poco después penetraba el doctor: al verle púsose en pié.

Ambos se saludaron con afectuosa cortesía.

La ciencia y la religión eran hermanas en aquellos momentos.

Allí estaban los dos médicos, el de la materia y el del espíritu, ambos tan necesarios á la humanidad.

CAPITULO LXXXVIII

Un ángel

TERMINADO el saludo, el doctor preguntó al sacerdote:

—¿Padre, ha prestado usted á la enferma los consuelos de la religión?

—Si; y á instancias suyas, permaneceré aquí, por si tiene necesidad de mis consuelos.

—Entonces con su permiso voy á verla.

El médico penetró en la estancia.

En aquel momento encontrábase Sofía entregada al reposo.

Al fin el sueño había llegado en su auxilio.

El doctor quedóse sorprendido, y en voz muy baja dijo á Magdalena:

—¿Hace mucho que duerme?

—En este instante acaba de cerrar los ojos.

Aquel sueño era natural, durante los momentos que el doctor estuvo contemplándola no percibió en ella la menor alteración.

Muy despacio y seguido de Magdalena, torno el doctor al gabinete.

—¿Cómo la encuentra usted?—preguntó la jorobada con ansiedad.

—Mucho mejor, hija mía.

Acabo de ver en ella un síntoma que me produce gran regocijo.

Una de las mayores dificultades que se presentaban para combatir su enfermedad, era el insomnio.

Cuando no se duerme, los nervios están excitados, sus contracciones son horribles, y en este caso nada más fácil que sobrevenga un síncope.

—Es verdad,—agregó el sacerdote.

Lo que usted acaba de decir lo sé por experiencia.

Recuerdo que hace algunos años permanecí varias noches á la cabecera de un moribundo, sin poder pegar los ojos, y después tuve necesidad de guardar cama.

—Pues bien, si duerme tres ó cuatro horas desaparece la inminencia del peligro.

Cuando menos se consigue que el síncope no nos amenace con su proximidad.

—¡Oh, gracias, Dios mío!—añadió Magdalena, juntando las manos en actitud suplicante.

El doctor pidió recado de escribir, rápidamente extendió una receta, y al entregársela á la hija del jardinero, la dice:

—Mande usted en seguida que vayan por este medicamento.

La jorobada salió de la estancia; el doctor sentándose al lado del sacerdote, añadió:

—En verdad, que no se cómo explicarme lo que sucede.

He vuelto á esta casa con la creencia de que iba á extender la papeleta de defunción, y me alegro que haya sucedido lo contrario.

—En mi larga carrera me ha enseñado la experiencia que después de recibir los auxilios de la religión, en muchos enfermos se inicia la mejoría, como si desde aquel instante Dios acudiese en su auxilio.

—Es muy cierto, solamente que en gran número de ellos, esa mejoría es el síntoma precursor de la muerte.

Lo que pudiéramos llamar el momento de lucidez que la naturaleza concede al hombre para despedirse del mundo.

—No digo lo contrario, no soy médico y por lo tanto no puedo discutir.

—Padre, sentiría que mi respuesta le hubiese mortificado; aunque médico no soy materialista en absoluto.

—No me ha molestado usted.

Tal vez parezca extraño esta susceptibilidad, mas tiene su explicación.

En primer término, no es fácil que en la mayoría de los casos puedan entenderse un médico y un sacerdote, forzosamente ha de existir diversidad de pareceres.

Uno estudia la materia, la ve, la toca, conoce sus funciones, su organismo, cuales son las partes más propensas al desequilibrio y se afana en hallar los medios para restablecerle.

El otro trata de adivinar el alma ante la imposibilidad de verla, y de ahí el que necesariamente entre en las regiones de lo ideal.

Hecha esta declaración prosigamos el relato.

—En este caso la mejoría que he observado, es efectiva y si conseguimos que duerma algunas horas, quién sabe lo que puede suceder.

En el estado de debilidad general en que se halla no me comprometo á nada.

—Es decir, que usted más se inclina á creer que puede morirse.

—Si, señor, recuerde usted lo que le he dicho antes.

En aquel instante penetró Magdalena en la estancia, llevando en la mano una botella con el medicamento prescrito.

—¿Es esto lo que usted ha mandado?—añadió presentándosele al doctor.

—Si.

Tan pronto como despierte, le haces tomar una cucharada, que repetirás cada hora, excepto en el caso que esté

dormida, en el que no hay que molestarla en lo más mínimo.

Ante todo conviene que descanse.

¿Y el señor marqués ha venido?

—No, señor.

El criado que fué á buscarle al casino, no le encontró.

Allí no supieron decirle dónde se hallaba, y después de recorrer varios de los puntos que acostumbra á frecuentar, viendo lo inútil de sus pesquisas se ha vuelto á casa, —respondió la jorobada con tristeza.

No se ocultó á la penetración del sacerdote, que aquellas frases encerraban uno de esos misterios de familia, que hacen desgraciados á tantos seres.

—Lo sospechaba,—añadió el médico.

En fin, casi debemos alegrarnos que no haya venido,— repuso haciendo un ademán de desdén.

¡Qué hombres! parece mentira que la sociedad no sepa conocerles tal como son, y se deje engañar por el barniz con que cubren sus sentimientos.

Y dirigiéndose al sacerdote, agregó:

—Padre, tal vez haya extrañado que al penetrar en esta casa, que en otro tiempo fué una de las más visitadas por la alta sociedad, no haya habido una persona de representación que haya salido á recibirle.

—¿A qué ocultarlo? es verdad.

He auxiliado á muchos enfermos, de todas las clases de la sociedad, y siempre les he visto rodeados de sus familias.

Ni aun á los que viven solos en el mundo les falta en momentos como estos una persona que les preste sus cuidados.

Por lo demás, ya sé que la felicidad no es muy amiga de residir en los palacios.

—Pues bien; la joven que usted ha auxiliado, es la esposa del marqués de Moratalla.

—¡Yo creí que era soltera!

—No, señor; contrajo matrimonio con el marqués porque así lo ordenó su padre.

—Adivino lo demás.

Los enlaces que no se efectúan por amor, producen casi siempre resultados desastrosos.

Los contrayentes comienzan por mentir á los piés del sacerdote que les une, y acaban ¡Dios sabe cómo!

Desgraciadamente lo que se ha dado en llamar conveniencias sociales, causan infinitos infortunios.

¡No sé cuándo la humanidad querrá convencerse de ello!

—Padre, nunca, mientras haya seres que miren el matrimonio como un negocio lucrativo por medio del cual se enriquezcan.

Esto es lo que ha sucedido en el caso presente.

El marqués estaba arruinado, sus vicios y el mal éxito que obtuvieron sus especulaciones acabaron por destruir su patrimonio y no encontró más medio de reponerle que contraer un enlace ventajoso.

Hasta aquí lo que voy refiriéndole no tiene nada de particular.

Pero el marqués, una vez dueño de la dote de su esposa, no se ha cuidado de ella para nada, y en vez de conquistarse su corazón por medio del cariño y las atenciones, ó al menos procurar captarse sus simpatías, la trata con el desdén y la crueldad más incomprensibles.

En cuanto se ha visto rico desaira á su esposa, posponiéndola á la más despreciable meretriz, cuyas caricias compra á peso de oro.

El insensato desprecia á un ángel, porque Sofía es tan hermosa de cuerpo como de alma; es una mujer que por sus cualidades, hubiese hecho la felicidad de cualquier hombre honrado; un tesoro en poder de un miserable que no sabe apreciar lo mucho que vale esa infeliz.

Hace dos días que no parece por esta casa, sabiendo como sabe el estado grave de su esposa.

Vamos... ¡Se necesita tener muy pervertido el corazón para obrar de este modo!—terminó el doctor haciendo un ademán despreciativo.

—Es verdad: lo que usted me dice es terrible.

La conducta del marqués no tiene calificativo.

Veo que es un hombre que ama más los placeres ilícitos que su reputación.

Después de una pausa, el médico agregó:

—La infeliz señora ha sufrido en silencio la conducta de su esposo, hasta que al fin sus fuerzas se han agotado, terminando por caer en el estado que hoy se encuentra.

Si me preguntasen cuál es su enfermedad, no podría contestar de un modo preciso.

No veo en ella más que un organismo que paulatinamente se ha ido consumiendo por el dolor.

La pasión de ánimo que la embarga es tan grande, que por fuerza ha tenido que dominar á la materia.

Mas ¿á qué insistir? con lo que le he dicho comprenderá usted que la enferma es una mártir digna del cielo.

Aun no la he oído quejarse de la conducta de su esposo.

Y gracias que tiene á su lado á la jorobadita que la quiere con toda su alma, que si estuviese asistida sólo por sus doncellas, á estas horas ya habría dejado de existir.

—Aberraciones de la humanidad; el marqués deja abandonada á esa noble señora para correr tras lo ruin,—contestó el padre Salvador sentenciosamente.

Conozco el mundo y por desgracia sé que el marqués tiene algunos imitadores, los cuales abundan más en las clases acomodadas que en las que viven del trabajo.

Y la explicación de esto, prescindiendo de la bondad de sentimientos, es la siguiente:

Por regla general, el rico ocioso no se ocupa más que de divertirse, saborea todos los placeres que acaban por hastiarle, y para combatir el aburrimiento que le consume, se arroja de lleno en el vicio.

Encuentra en él algo que le agrada, le distrae ó le hace sentir alguna emoción, que no califico, y desde entonces se olvida por completo de sus deberes.

Una vez en este camino, es difícil retroceder.

En cuanto ví á la enferma, antes de saber lo que usted me ha referido, me dije:

«Si el rostro es el espejo del alma, esta mujer es un ángel;» ahora, ya puedo afirmarlo.

El médico penetró de nuevo en la habitación de la enferma, que continuaba durmiendo con tranquilidad, y volviendo al lado del sacerdote, le dijo:

—Padre, la mejoría es real; la marquesa sigue durmiendo tranquilamente.

—Si cree usted que no hay peligro, me retiraré.

Presto mis servicios en las Salesas y tengo qué hacer.

—Puede usted retirarse en la confianza de que sus servicios no son afortunadamente necesarios por ahora.

Si acaso á la tarde, que como usted sabe es siempre la hora del recargo para los enfermos de gravedad.

—Entonces volveré á esa hora.

—Será probable que nos encontremos aquí.

Médico y sacerdote se estrecharon las manos.

—¡Adiós! reconózcame usted por un servidor, y si en lo poco que valgo puedo serle útil, disponga usted de mí.

En preguntando en las Salesas por el padre Salvador, en seguida me tendrá á sus órdenes.

—Muchas gracias.

Lo mismo digo á usted.

Pertenezco á la clínica de San Carlos; pero en la

calle del León, número 10, Antonio Azores, me tiene usted á su disposición.

El sacerdote salió de la estancia, no tardando el médico en seguirle, después de hacer algunas recomendaciones á Magdalena.

CAPITULO LXXXIX

Lo que ansía el alma

El cansancio rindió á la hija del jardinero, la cual quedóse dormida en una silla, en la misma estancia de la enferma.

En honor á la verdad, bien necesitaba descansar, pues eran ya varios los días que Magdalena pasó casi sin cerrar los ojos.

Aquel dia fué para ella de grandes emociones.

Creía que Sofia dejase de existir y cuando por esta causa era mayor su pena, un rayo de esperanza iluminó su corazón inundándole de placer.

Un movimiento que hizo la enferma, la despertó.

Rápidamente púsose en pié.

—Tengo sed,—murmuró Sofía con apagado acento.

Magdalena la dió una cucharada del medicamento recetado por el doctor.

—Más medicina,—balbuceó la joven con triste entonación.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque comprendo que cuanto hagan por conservarme la existencia es inútil.

Mis días están contados y mi fin muy próximo.

—Sin embargo, don Antonio dice que está usted mejor.

—¿Ha vuelto á verme?

—Sí por cierto; pero como usted estaba dormida, me encargó mucho que no la despertase.

¡Oh! ¡cuánto me he alegrado al oirle decir que estaba usted mejor!

—Gracias, Magdalena, tú eres la única persona que en el mundo se interesa por mí.

¡Y en verdad! que ahora me parece que tengo más fuerzas.

Antes iba á apoyarme y se doblaban mis brazos.

¡Si ya casi puedo sostenerme!

—¡Oh, el sueño!

Me dijo el doctor que si dormía usted un par de horas no había miedo que se repitiese el síncope.

¡Voy á ver qué hora es!

La jorobada salió de la estancia, parándose ante un reloj de sobremesa.

Al contemplar la hora que indicaban las manecillas, el júbilo se retrató en su semblante.

—¡Son las cinco!—exclamó regresando al lado de su señora.

Ha dormido usted cerca de siete horas.

—¡Oh! ¡cuánto tiempo hacía que no disfruté de los beneficios de un sueño tan largo!

—¡Dios ha escuchado mis súplicas!

Sofía la miró cariñosamente, dejando aparecer en sus labios una sor[illegible]

No comprendes que éstos ya no pueden concluir nunca.

¡Que tengo una herida en el alma que continuamente está destilando sangre!

¡Ay! Magdalena, si es cierto que me quieres, pide á Dios que me lleve á su lado.

Une tus súplicas á las mías á ver si así las atiende.

—¿Por qué dice usted eso?

Dios también se apiada de los sufrimientos de sus criaturas y los remedia.

A veces nuestra felicidad estriba en lo que menos pensamos.

Siempre no se ha de padecer,—terminó Magdalena.

—Dices bien, el espíritu acaba por acostumbrarse al dolor.

Con objeto de distraerla, Magdalena cambió de conversación.

Al ser la hora volvió á darle el medicamento.

—En fin,—dijo Sofía,—tomo esta medicina porque no digáis que no hago nada por ponerme buena.

La verdad es que este medicamento me produce un extraño bienestar.

Siento que se dilatan mis pulmones, respiro con más facilidad y hasta me figuro que se reparan mis fuerzas.

—Pues si usted desechase la tristeza y haciendo un esfuerzo se sobrepone á sus dolores, antes de pocos dias podrá abandonar el lecho.

Antes me ha dicho usted que uniese mis ruegos á los suyos, y así lo haré, pero no para pedir la muerte, sino para pedir la salud.

¡Ya me ve usted á mí!

No puedo ser dichosa en el mundo: hasta la naturaleza me ha negado los medios, y sin embargo amo la existencia.

¿Tendrá usted menos valor que yo?

Sofía, no sabiendo qué contestar, guardó silencio.

En aquel instante oyóse ruido de pasos en la antesala.

La jorobada salió á ver quién era, encontrándose con el padre Salvador, á quien acompañaba un criado.

—¿Cómo esta la enferma?—preguntó el sacerdote.

—¡Oh! mucho mejor.

—Ha dormido hasta las cinco.

—Vamos, me alegro, Dios quiera devolverla por completo la salud.

Como este diálogo tenía lugar muy próximo á la estancia ocupada por la enferma, Sofía preguntó:

—¿Quién es?

—El padre Salvador;—repuso Magdalena.

—Que pase,—agregó Sofía con viveza.

El padre Salvador penetró en la estancia, su semblante tenía mucho de placentero, para infundir así más confianza á la joven.

No era de esos sacerdotes que creen firmemente que para prodigar los consuelos de la religión es necesario ponerse grave, con lo cual sólo consiguen aterrorizar el espíritu del que sufre.

Su sonrisa era de las que tranquilizan el alma.

—¿Y bien, hija mía, cómo se encuentra usted?—la preguntó con dulzura.

—Mejor, padre mio.

—Vamos, me alegro mucho y confío en que Dios hará que se ponga usted muy pronto buena.

—¡Muchas gracias!

—Como el médico me dijo que ya habían desaparecido los síntomas de peligro, me fuí á cumplir con mi obligación.

Mas ya no tengo nada que hacer hasta mañana á las once, por lo tanto, puedo permanecer aquí.

Vengo prevenido, pues, á echar una siestecita,—estas frases las dijo casi con entonación jovial.

—¡Gracias, padre!

—No sabe cuánto le agradezco que se acuerde usted de mí,—añadió Sofía besándole la mano.

—No, hija mía, no tiene usted que agradecerme nada. Cumplo con mi deber y nada más.

Allí donde hay alguien que sufre, que necesite los consuelos de la religión, allí debe estar el sacerdote.

Si procediésemos de otro modo, ¿cuál sería nuestra misión en la tierra?

Sofía le contempló breves instantes, sintiéndose atraída por la bondad que se reflejaba en el semblante del padre Salvador.

Era difícil que ni aun escogiéndole hubiesen encontrado otro sacerdote más á propósito para la enferma, que el que la deparó la casualidad.

—Pues bien, padre,—repuso.—Siento cierta opresión en el espíritu.

Hace tiempo que recorro el camino de la vida, sin encontrar una mano que me guíe, una voz autorizada que me aconseje y me diga lo qué debo hacer.

El dolor me consume, las tinieblas ennegrecen mi espíritu y sufro tanto, que á veces mi cerebro desvaría como si estuviese loca.

No sé lo qué hay dentro de mí que á veces me pide algo que sólo pueden darle los consuelos de la religión.

El padre Salvador miró á Sofía cariñosamente y adivinó el estado de su espíritu.

Que aquel pecho estaba lleno de dolores, cuyas causas sólo pueden revelarse al sacerdote.

—¿Tiene usted confianza en Dios?

—¡Ay, sí! absoluta.

¡No he de tenerla, cuando es la única esperanza que me resta!

—Pues bien, hija mía, su bondad y misericordia tiene remedio para todo.

A los que sufren en la tierra sabe recompensarles en el cielo.

¿Qué importa que esta vida sea un valle de lágrimas si al fin es corta, y nada vale comparándola con la eterna?

La primera es la vida del cuerpo, la segunda la del alma.

¿Qué desea usted?

—Confiar á usted los pesares y los secretos de mi alma, —repuso con vehemencia.

Magdalena se retiró dejando solos al sacerdote y á la enferma.

El padre Salvador sentóse á la cabecera del lecho, y al ver que Sofía trataba de incorporarse, dijo:

—Habla, hija mía, nadie cometerá la indiscreción de escucharnos.

CAPITULO XC

La revelación

Sofía, á pesar de la observación del sacerdote, se incorporó, y después de descansar de la fatiga que este movimiento la produjo, añadió con entonación firme:

—Padre, no es una confesión lo que voy á hacerle porque mi espíritu se encuentra bastante perturbado y difícilmente podría coordinar mis ideas de una manera perfecta.

Quiero oir los consejos del hombre de experiencia antes que los del sacerdote.

—Hable usted, hija mía.

De cualquier modo que usted acuda á mí, me encontrará siempre dispuesto á ayudarla.

—Voy á dar principio á mi revelación, procurando no ocultar el menor detalle.

Quiero que mis actos aparezcan ante usted tal como fueron, sin atenuarles en lo más mínimo.

Desde mis primeros años me encontré en el mundo sin más apoyo que el de mi padre.

Grande era el cariño que me profesaba: mis más insignificantes caprichos les satisfacía en el acto.

Mas debo advertir que nunca me mostré exigente.

El tiempo que le dejaban libre los negocios me lo dedicaba y todo su afán, consistía en que yo brillase en el mundo.

Para ello nos sobraban medios, pues nuestra fortuna nos permitía vivir con la mayor esplendidez.

Por otra parte, yo era hermosa, las mujeres no necesitamos que nos lo digan, por más que siempre nos agrade; para saberlo nos basta con mirarnos al espejo.

Es el sino de la mujer, y el afán de agradar nace con ella, como encarnado en su espíritu.

Entré de lleno en lo que se llama el gran mundo, no porque sea grande, sino porque es rico.

Infinitas veces ví mi nombre acompañado de una serie de elogios, en las revistas de salones.

Mi amor propio de mujer sentíase satisfecho, y confieso francamente que en un principio no deseaba más, y si la felicidad de las criaturas en la tierra puede ser completa, la mía lo era en aquel tiempo.

Mas llegó un día en que las diversiones, los grandes bailes, aquella continua ostentación de lujo y riquezas, comenzaron á fatigarme.

—Hija mia, el abuso produce siempre el cansancio,— objetó el padre Salvador.

—Mas en realidad no era lo que yo pensaba sino que empezaba á sentir un vacío en mi corazón que las diversiones no eran suficientes á llenar. Era que había entrado en esa edad en que el alma despierta, sintiéndose ansiosa de otro cariño además del paternal.

Soñaba mucho, y dejándome arrebatar por mi imaginación, corría en busca de un sér ideal, sin preocuparme ni un instante su posición ni sus bienes de fortuna.

Es decir, amaba con toda mi alma sin saber á quién.

—A los diez y ocho años se ama siempre.

E espíritu está poseído del sueño del amor,—agregó el sacerdote.

—Entonces yo no tenía la menor experiencia del mundo: ignoraba esas leyes dictadas por el capricho de los hombres y que se llaman conveniencias sociales.

Leyes que por lo flexibles parecen de *cauchout*, y que cuando se quiere se pliegan á todas las circunstancias.

Ahora comprendo que nada me hubiese sido más fácil que admitir los obsequios de la turba de adoradores que siempre pululan en los grandes círculos, la mayoría de los cuales, más que una compañera que comparta con ellos los goces y pesares de la vida, buscan una dote que les permita seguir gozando los placeres del vicio.

No sé por qué razón ninguno de ellos me agradaba, y jamás les dí pié para que me manifestasen sus deseos.

Por fin encendió en mi pecho la llama de la pasión un joven que carecía de bienes de fortuna.

Con gran trabajo hizo en Madrid su carrera que acababa de terminar, obteniendo con brillantes notas, el título de licenciado en derecho.

La casualidad le puso en mi camino; vino á visitar á su tía que era el ama de gobierno que teníamos en casa.

La pobre señora, ignorando que al ver á su sobrino sentí latir mi corazón, de ese modo indefinible con que se abre paso el amor, se deshacía en elogios del joven.

¡Ay, padre!

¡Nunca olvidaré aquel día, ni sabré definir las distintas emociones que experimentó mi alma!

Al fin hallé al sér que buscaba y para mí no había en el mundo un hombre más adorable que Julio.

Al pronunciar estas frases de los ojos de la enferma desprendiéronse gruesas lágrimas que rodaron silenciosas por sus mejillas.

El padre Salvador, pareció no fijarse en ello, y repuso:

—Hija mía, el primer amor deja siempre en el alma huellas difíciles de borrar.

Es la primera ilusión de la vida, el principio de nuestra felicidad ó de nuestra eterna desdicha.

Pasamos muchas noches alimentándola y en la mayoría de los casos desaparece como el humo.

Prosigue, hija mía.

—A pesar de mi falta de experiencia no tardé en comprender que grandes obstáculos me separaban de Julio.

Mas yo tenía gran confianza en nuestro amor.

Muchas veces oí decir á mi padre que nunca me casaría en contra de mi voluntad y esto precisamente me animaba, dándome alientos para seguir amando.

Cuantos medios puede emplear una imaginación enamorada, pusimos nosotros en juego para vernos y tener noticias uno de otro.

¡Ay, qué días más felices aquellos en que comienza el primer amor!

Pasaron ya para no volver.

Volaron con la ilusión y la esperanza de la dicha.

Ante mis ojos se presentaba el mundo muy distinto de lo que es.

¿Cómo iba á creer en la maldad, cuando todo lo veía de color de rosa?

Primeramente aprovechábamos los días festivos para vernos en la iglesia.

Una imperceptible sonrisa se dibujó en los labios del sacerdote, que pensó:

—¡Siempre lo mismo! la casa de Dios, sirviendo de pantalla á los enamorados.

—Nuestro amor fué creciendo y con él sus exigencias.

Ya no nos bastaba vernos en el templo, nuestras visi-

tas habian de ser más frecuentes y en sitios donde nuestras almas pudiesen cambiar sus impresiones.

El sitio más á propósito era el jardín de esta misma casa.

La hora la de la oscuridad y la poesía.

Para ello necesitaba aprovechar el sueño de mi padre...

—Y los servicios de algún tercero,—interrumpió el sacerdote.

—Sí; mas no del que por un puñado de oro se presta á hacer lo que se le manda.

Magdalena, la misma que hoy contempla mi infortunio, el único sér que en el mundo me ama; por su cariño hacia mí, consintió en ser nuestro cómplice.

Algunas noches nos vimos en el jardín.

¡Cuán breves nos parecian aquellas horas, y cuán lejos estábamos de pensar que tras ellas vendrian otras de interminable amargura.

Nuevamente y con más abundancia brotaron las lágrimas de los ojos de la enferma.

Aquellos recuerdos excitaron su espíritu, hasta el punto de no permitirla continuar.

Conociendo el padre Salvador lo que la sucedía, la dijo:

—Cálmese usted, y no tenga prisa.

¿Quiere usted tomar un poco de agua.

—Sí, déme una cucharada de ese medicamento.

Después de tomarle me siento mucho mejor.

El sacerdote la dió lo que pedía.

Reanimadas algún tanto sus fuerzas, la enferma continuó:

—Padre, ya sabe usted que el amor es irreflexivo.

—¡No ha de serlo, hija mía! ¡Por eso le pintan ciego!

Desde el momento en que se detuviese á pensar, dejaría de ser amor, para convertirse en cálculo.

—Pues bien, padre, yo al lado de Julio nunca pensé más, que en el día en que pudiéramos ver realizados nuestros ensueños uniéndonos ante el altar.

Una noche... ¡nunca podré olvidarla! Mi amante y yo tuvimos una entrevista en el jardín.

¡Oh! aquel día, todo pareció conjurarse en nuestra contra.

El cielo aparecía como un manto azul salpicado de sutilante pedrería.

Los plateados rayos de la luna proyectaban sobre el jardín su luz, dándole un aspecto tan fantástico como poético.

El perfume de las flores embalsamaba el ambiente, y para que nada turbase la armonía de aquel cuadro, ni una sola nubecilla, manchaba la limpidez del espacio.

¡Así soñábamos nosotros la futura dicha!

Nuestra conversación fué corta; fijos mis ojos en los de Julio, me recreaba en ellos, contemplando su amorosa expresión.

Sus manos estrechaban las mías, así estuvimos algún tiempo tan ensimismados, que podíamos oir los latidos de nuestros corazones.

Mi sangre circulaba por mis venas convertida en fuego.

Mis ojos se nublaron y casi perdí la razón.

Después caí en sus brazos, pero sin lucha, como cae abrasada la mariposa que revolotea en torno de la luz,—añadió Sofía cubriéndose el semblante con las manos.

El padre Salvador había oido tantas relaciones como aquélla, que no le sorprendía el conocer una más.

Sin embargo, pudo estudiar los sentimientos de la joven y ver la vehemencia de su pasión.

Sofía haciendo un esfuerzo enjugó sus lágrimas, ahogando la vergüenza que siempre produce en la mujer la confesión de ciertas faltas.

—Después de prevaricar,—añadió,—lloré mucho.

Julio estaba triste y arrepentido de su acción.

Con voz dulce procuró consolarme, diciéndome que sabría cumplir con los deberes de caballero.

Pero yo lloraba apenada por mi falta.

Ni por un instante cruzó por mi mente la idea de que pudiese abandonarme.

Era tanto mi amor y tan grande el concepto que yo tenía del suyo, que todo podía esperarlo menos que mi amante fuese perjuro.

—¡Hija mía! grave fué su pecado y sólo puede discul-

parle la ceguedad de su pasión y su falta de experiencia.

Pero Dios en su infinita misericordia tiene consuelo para todos los pecadores, cuando éstos están verdaderamente arrepentidos de sus culpas.

Sus brazos están siempre abiertos para recibir á los que acuden á él.

—¡Ay, padre, no olvide usted que era huérfana de madre! y que por lo tanto á más de sus caricias me faltaban sus consejos.

—Tenéis razón, el cariño de una madre es tan necesario en la juventud para sus hijos como el aire para respirar.